

IMPRIMIR

EL CASTILLO DURMIENTE

GUY DE CHANTEPLEURE

Editado por
elaleph.com

© 1999 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

PROLOGO

D'un frais chaperon de verveine
Mes blonds cheveux seront coiffés.,
Sur mon corselet de...
Un fichu blanc...

En el saloncito llamado por ella su gabinete de trabajo, Irene de Champierre dedicaba toda su atención en encontrar el consonante a la palabra verveine. La belleza de la señorita Champierre, su gracia, dulce y altiva al mismo tiempo, contrastaba con la elegancia desordenada del cuadro que la rodeaba; la cabeza empolvada sentaba maravillosamente a sus ojos negros aterciopelados, célebres ya en el círculo de la joven reina María Antonieta.

- D'un frais chaperon de verveine... Mes cheveux blonds seront... Señor Antonio, ¿futaine rima con verveine? Porque... en vez de corselet, se pondría... y después... Señor Antonio, ¿no me oye?

A este llamamiento, repetido con una voz bondadosa y casi alegre, el señor Antonio se sobresaltó.

- ¡Oh! perdón, señorita -dijo.

-¡Qué distraído está usted! -exclamó la joven.

-Tenga la bondad de perdonarme -respondió Antonio, tomando de manos de la señorita de Champierre el papel lleno de correcciones.

Antonio Fargeot, a quien estaba encomendada la agradable y delicada tarea de enseñar la literatura francesa a la señorita de Champierre, era un hombre honrado, dotado de una rara inteligencia, muy pobre y sumamente apreciado entre las familias aristocráticas, a pesar de su plebeyo nacimiento.

Antonio Fargeot debía ser joven, pero nadie hubiera podido precisar su edad, observando su delgada figura, su semblante pálido y macilento, su vaga sonrisa en que la dulzura resignada dejaba entrever alguna amargura. La señorita de Champierre tenía gran estimación por él y le hablaba siempre con bondad.

Ese día le pareció a la joven que Antonio Fargeot estaba más triste que de costumbre.

Para alentar al pobre maestro de retórica, abordó el tema que le era favorito: sus trabajos, el libro que escribía.

Muy suavemente se dejó llevar al terreno de las confidencias.

-Será -le decía él, en voz baja y temblorosa,- el más grande, el esfuerzo supremo de mi vida... Hace años que tengo este libro en mi imaginación. ¡Pondré en él todo lo que sé, todo lo que pienso, todo lo que sueño! Cuando trabajo en esto, mi pensamiento se exalta, se inflama como si estuviera ebrio o loco... Y las noches pasan sin darme cuenta.

-¡Las noches! ¿Usted trabaja de noche? Pero si usted no se cuida -dijo la señorita de Champierre con dulzura,- no podrá tener las fuerzas necesarias para continuar, para concluir su hermosa tarea.

Antonio Fargeot sonrió tristemente.

-Voy a sorprenderla muchísimo, señorita -dijo,- porque tengo el aspecto de un enamorado. Sin embargo, esta fuerza, esta perseverancia, esta voluntad nada naturales y de las que necesito para terminar mi obra, las he encontrado hasta ahora, y espero encontrarlas hasta el fin, en un gran afecto... o mejor dicho, en el vivo deseo de hacerme digno a mis propios ojos de una mujer, de una niña... a quien yo quiero.

-¿A sus ojos... y a los de ella, me imagino? -observó Irene dulcemente, interesada por este humilde romance.

-¿A los de ella?... no... ¡sería demasiado

-¿Por qué? ¿No tiene la esperanza de casarse con ella?

- ¡Casarme con ella, yo! No, señorita, un obstáculo invencible nos separa.

-¿Será que los padres de la niña se oponen a ese matrimonio? o porque ella no lo quiere...

Se interrumpió, no atreviéndose a terminar por temor de ser demasiado cruel, seducida sin embargo, por esta historia, como por una novela que hubiera podido leer.

- ¡Ella,! ¡oh, Dios!, jamás la idea de ser correspondido ha pasado por mi pensamiento... aunque... es mi alegría, a pesar de todo, amarla...

No la veo. todos los días, no... pero sé que podría verla... Algunas veces oigo sus pasos, su risa., su voz que canta... Más tarde, espero que leerá mi libro... y no puedo aspirar a nada mas... nada...

-¿Aunque algún día se mostrara conmovida por un amor tan profundo, tan fiel? -preguntó la joven.

Antonio sacudió la cabeza y contestó vacilante:

-No, puesto que no comprendería este amor en que vivo y muero a un tiempo, y tal vez viera ella en esto... una ofensa.

-¡Oh! -dijo la señorita Champierre, mientras una vaga sombra pasaba por su mente, -entonces ella no es...

-No es de mi «clase», no, señorita -replicó Antonio con amargo énfasis.-Es «de cuna», comprende usted... Yo, no lo soy. Aun cuando llegara a alcanzar la celebridad de Voltaire, sería, siempre para ella como si no existiera.

-Lo compadezco -dijo la señorita de Champierre, con la mirada fija en el papel de los versos.- Pero volvamos a nuestro trabajo -agregó ella;- o mejor, no... estoy muy cansada.

Y se levantó.

Su voz era glacial, su mirada se tornó seria, casi severa. El pálido semblante de Antonio se demudó.

-¡Ah, Dios mío, qué locura haberle dicho a usted esto!... ¡Ahora todo está concluido, todo está roto!... ¡Ah, Dios mío, como viene uno a despojarse a sí mismo de la poca felicidad que posee!

La joven no respondió. De pie, a algunos pasos de ella, Antonio Fargeot, descolorido, parecía que iba a desmayarse.

-Escuche, señorita -murmuró, oprimido, con la voz entrecortada,- yo la he amado inmensamente. Usted era mi alma... mi alma, ¿comprende? Deseo... ¡oh! deseo sin la menor amargura, se lo juro... deseo que se case usted con un hombre que la quiera tanto, tan profundamente como yo la he querido... Adiós.

- ¡Adiós! -contestó Irene.

Trastornado, el joven se precipitó hacia la puerta; pero allí se encontró con el Conde de Champierre que lo esperaba en el umbral, con

los brazos cruzados; una sonrisa irónica se pintaba en sus labios lívidos por la cólera.

-¡Alto ahí! -dijo el viejo noble cuando Antonio se detuvo espantado;- ¡alto ahí, señor indiscreto!... ¡Ah, esta es la manera de agradecer, infame, mis bondades, insultando a mi hija!...

Antonio se serenó.

-Señor Conde, está usted en su perfecto derecho reprochándome haber traicionado su confianza... pero usted se propasa injuriándome; pues yo huía como un delincuente... ¡Y no es una afrenta el amor respetuoso de un hombre honrado!

El Conde seguía sonriendo.

-¡Buena cosa son estos señores filósofos -exclamó.- No tendré inconveniente en hacerle saber a uno de éstos lo poco en que nosotros tenemos sus frases.

Y abriendo la puerta, llamó a cuatro lacayos que haraganeaban en la sala de espera.

-Aquí -ordenó.- ¡Echen a este miserable a la calle, previa una buena paliza!

Irene lanzó un grito de espanto.-«¡Ay! piedad, piedad, padre mío... »-Pero sin darle tiempo a interceder por el pobre diablo, su padre la arrastró hasta otro cuarto.

Momentos después, Fargeot se encontraba en la calle, atontado por la pena y el despecho.

Vencido por la fuerza brutal, habla sido apaleado y echado por los lacayos del Conde de Champierre.

Cuando entró de nuevo en su triste morada, sin esperanza de poder vengarse, Antonio encontró sobre su mesa el manuscrito de su libro en embrión. Lo tomó, lo miró un instante... gruesas lágrimas rodaron sobre las páginas.

-Todo ha concluido... -murmuró.- Y ahora, ¿para qué?

Y con toda calma quemó el manuscrito hoja por hoja.

Después pensó seriamente, puesto que nadie lo quería ni se condolía de su desgracia, en colgarse de las vigas de su buhardilla... Pero

ese mismo día recibió una larga carta procedente de Roy-les-Moret, la aldea en que nació y donde sus padres dormían el sueño eterno.

Esta carta era de su tía Manon Fargeot, hermana de su padre, que lo arrulló cuando niño; que lo cuidó y compartió sus juegos cuando fue más grandecito, y que, desde lejos lo había seguido con ternura, cuando se apartó de su lado...

Leyendo la carta de Roy-les-Moret, Fargeot recordaba su infancia feliz, su padre, su madre, su tía, única sobreviviente de aquel pasado; lloró por el pasado y por él mismo. Entonces la razón le volvió, pensó que quitarse la vida podría ser considerado como una cobardía y resolvió seguir viviendo. Algunas semanas después, la casualidad le hizo saber el compromiso matrimonial de Irene de Champierre.

VEINTICINCO AÑOS DESPUÉS

El año VIII de la República, algunos meses después del 18 brumario, a eso de las cinco de la tarde, un viajero corría en la aldea de Andrettes, con aire triste y preocupado, contestando con monosílabos a la charla del mozo que lo servía. En el corte de su traje y en algo de su actitud, era fácil adivinar que pertenecía a la Armada. Debía ser un buen oficial este gallardo joven, moreno, hermoso no sólo por su físico atrayente, su apuesta figura, la robusta esbeltez de sus veinticuatro años, sino también por la nobleza de su alma que se dejaba traslucir a través de la tristeza que en ese momento lo absorbía, y que se adivinaba en la dulce mirada de sus ojos negros.

Ese viajero se llamaba Pedro Fargeot. Al siguiente día de Marenngo, en que por un hecho de armas fue nombrado el Primer Cónsul, con objeto de hacerle saber su nuevo ascenso, fue a ver a su padre, Antonio Fargeot, maestro de escuela muy querido en Bremenville, aldea del Norte de la Francia. Pero, enfermo desde algún tiempo, el pobre maestro, presa de una violenta fiebre, murió pocas horas después de la vuelta de Pedro. Esta era la pena que oprimía el corazón del oficial; la víspera, había dejado Bremenville, para ir a comunicar a Manon Fargeot, una tía de su padre, la desgracia que le había herido.

Una vez que hubo concluido de comer, el coronel Fargeot pidió al posadero le indicara el camino más corto para llegar Mons-en-Bray, -donde lo esperaba su ordenanza con los caballos y pensaba pasar la noche.

-Es muy fácil -contestó el posadero;- no tiene usted más que seguir el río Chanteraine, hasta las rocas de la Cachette, donde se pierde bajo tierra para reaparecer a la claridad del sol unos cien metros más adelante... Allí encontrará usted el bosque de Hauvert, y caminando por la izquierda llegará en seguida al montículo abrupto en que se eleva el castillo de Chanteraine... Costée el montículo... Pero entonces ya estará oscuro, señor coronel, y no podría llegar a Mons antes de la noche. Espere hasta mañana...

-Tengo los minutos contados -replicó Pedro.- Si me toma la noche en el camino, pediré hospitalidad en el castillo de que usted habla.

-¡En el castillo de Chanteraine! -dijo el hombre, riéndose.- Pero usted no sabe, coronel, que el castillo de Chanteraine, casi destruido al principio de la Revolución, está completamente abandonado después que sus dueños emigraron, sin tambor ni trompeta en el 1791.

-Debió ser vendido como propiedad nacional -objetó el oficial.

-Y en efecto lo fue; pero los habitantes de Mons-en-Bray lo compraron, y, fieles hasta el fanatismo a sus antiguos señores, esperan que un Duque de Chanteraine vuelva a tomar posesión de él... Corren el riesgo, sin embargo, de esperar largo tiempo -agregó el infatigable charlatán,- pues en la familia de Chanteraine no hay más que mujeres. El último Duque, lleno de ideas locas y que pasaba lo mejor de su tiempo, como su maestro Capeto, en construir cerraduras que nadie pudiera abrirlas, el último Duque, decía, murió uno o dos años antes del 89, precedido a la tumba por sus hijos y su nieto. En el tiempo de la emigración, la familia de Chanteraine se componía, solamente de la hermana del Duque, la señorita Carlota, una solterona, y de su nieta, la señorita Claudia, una niña... Pero las gentes de Mons-en-Bray no eran como para preocuparse de esto... Se contaba una antigua leyenda. que predecía que la raza de los Chanteraine desaparecería por algún tiempo a los ojos del mundo, como el riacho del mismo nombre, para reaparecer en un nuevo siglo, más robusta y gloriosa que nunca... Y nuestros compradores del castillo creen en la leyenda como creen en los perfectos derechos de sus señores, como creen en la protección del Altísimo. ¡Pasaron diez, pasarán veinte años, y su fe no se habrá debilitado!... Esta historia...

-Esta historia es sumamente interesante -dijo Pedro, complacido,- pero, como estoy apurado, tengo que renunciar a seguir oyéndola- Cuando haya llegado al montículo del castillo, decidiré, según las circunstancias, lo que debo hacer.

Algunos instantes más tarde, el coronel Fargeot emprendió de nuevo su camino hacia Mons-en-Bray. Pero, olvidando la historia que le había contado el posadero, volvió a encontrarse con el pensamiento

en el cuarto en que, pocos días antes, había entrado, pálido, los labios temblorosos; y reconstruía, en su imaginación las horas de angustia que, habían transcurrido para él delante del lecho de un agonizante, horas horribles en que las brumas siniestras y misteriosas lo tuvieron envuelto, a él también, como en un sudario, entristeciendo su espíritu.

«Antes de morir el maestro de escuela ¿recobró el conocimiento?» Esta pregunta trivial que las buenas gentes de Bremenville le habían hecho con interés ¡cuántas veces Pedro se la había hecho a sí mismo!

Antonio Fargeot había reconocido a su hijo, lo había abrazado, y después le habló durante largo tiempo con dominio completo de sus facultades durante algunos ratos, y otros, en medio del delirio ocasionado por la fiebre; había hablado fuerte, en voz baja, pasando de la tranquilidad a la exaltación y viceversa; su exaltación tan febril no parecía incompatible, en ciertos momentos, con una lucidez completa, prestando la calma algunas veces al delirio una apariencia enloquecedora de los sentidos y la verdad... ¿Cómo ante el recuerdo de esas alternativas de conciencia y aberraciones, que encadenan confusas asociaciones de ideas; cómo, entre tantas palabras raras, dichas en el curso de la entrevista suprema, determinar cuáles eran las frases que respondían al delirio o a la razón completa?

-Hijo mío, hay cosas que es necesario que tú sepas... pero tú vas a decir que he cometido un crimen... y yo no quiero... Después, he olvidado los nombres, sabes... he olvidado todos los nombres de esa época... ¡Oh! el nombre, el nombre, ¿quién me lo dirá?...

¿Perteneían al delirio estas conversaciones que de pronto interrumpían el entrecortado discurso, especie de furiosas diatribas dirigidas a la nobleza, que el maestro de escuela creía pronunciar desde lo alto de una cátedra o de un púlpito?

Después de balbucirlas Antonio Fargeot se puso a hablar de la Revolución y de los destrozos de septiembre con las divagaciones y los gestos de un loco. Después, poco a poco, a palabras sin sentido se sucedían frases que, aunque no ofreciesen un sentido muy claro para

Pedro, por lo menos se equilibraban entre sí y parecían corresponder lógicamente a una idea precisa que el enfermo dejaba sin explicar.

-Ves, hijo mio -decía moviendo la cabeza,- la Revolución algunas veces se ha equivocado y nosotros con ella. ¡Se había sufrido tanto! Yo era uno de los primeros republicanos. Yo no estaba por la monarquía, pero odiaba la nobleza,... ¡Oh, sí! la odiaba... Cuando lo sepas todo, ¿dirás que yo no valgo más que los asesinos?... ¡Ah, ese nombre que he olvidado!... Soy culpable, muy culpable, Pedro... ese nombre me hace mucho mal... Tu tía Manon no podrá decírtelo, no lo sabe... y, sin embargo, sabe muchas cosas... Es necesario interrogarla y después perdonarme... Cuando a tu vez ames, me perdonarás mejor... He querido mucho a tu madre, pobre hijo mío... ¡Oh, la quería, la quería! No pierdas el anillo que te he dado, mi Pedrito... y que fue suyo...

Entonces el joven habló con dulzura, afectuosamente; después, para distraer y calmar al enfermo, sacó de la caja que la señora de Fargeot comprara en París, el anillo que Antonio destinó, más tarde, después de la muerte de su mujer, a la futura novia de su hijo querido.

-No lo he perdido, padre mío... lo conservaré, se lo prometo; es mi más precioso tesoro- afirmaba el oficial apoyado en la cama.

-Pero ya el delirio habla vuelto a invadirlo... Y volviendo a pronunciar el nombre de Manon Fargeot, el maestro de escuela expiró.

¿Realmente habría llevado un secreto a la tumba? Estos remordimientos que atormentaron su conciencia, ¿eran efecto de las alucinaciones de la fiebre o el ineludible peso de una falta que se ha cometido? ¡Misterio!

Pedro no podía, no quería, creer en la posible culpabilidad del hombre suave y sencillo que tanto lo había querido... Un moribundo enloquecido por el delirio suele pronunciar algunas frases incomprensibles...

Sin embargo, no era sólo el deber de llevar el consuelo de su afecto a una vieja, y querida parienta, no era sólo la necesidad de confiar su dolor de huérfano a un corazón amigo lo que impulsó al oficial a apresurar su partida; era la obsesión punzante de una curiosidad.

Quería interrogar a la tía Manon... ¡Quería saber lo que quizá ella sabría!

Y caminaba, siguiendo el camino de Mons-en-Bray sin detenerse para tomar un descanso, impaciente, con los nervios en tensión como si esa misma noche hubiera podido llegar a la pequeña aldea, cerca de Moret, en que transcurrieron los años de su infancia y donde iba a encontrar a aquella buena, y venerable tía Manon que había hecho las veces de su madre, y que era la única que conoció.

Viudo, pobre, sin familia, sintiéndose débil ante la dura perspectiva de educar al hijo que su mujer, muerta en la flor de la edad, le dejara, y al que los cuidados maternos hacían todavía tanta falta, Antonio Fargeot confió a su hijo, el ser más querido, a la hermana de su padre, Manon Fargeot, a quien él quería mucho y cuyo corazón sensible y bueno no esperaba más que la ocasión de abrirse a un nuevo afecto.

Por lejos que se remontara en el curso de sus pensamientos, Pedro se veía cerca de la tía Manon que tanto lo quería y lo llamaba, «mi rey, mi ángel, mi Jesús», y que le servía exquisitas sopas en platos con figuras deslumbradoras... Dejó la casita de Roy-le-Moret a los diez años, cuando su padre vino a buscarlo para llevarlo consigo a la aldea donde él vivía entonces y donde los dos vivieron, felices y tranquilos a despecho de las crisis políticas, hasta el día en que este llamamiento resonó de un extremo a otro de la Francia, como inmenso clamor: la patria está en peligro.

Ahora, el niño cuidado tan tiernamente por la tía Manon, el hijo y discípulo del pobre maestro de escuela, el voluntario de 1792, acaba de ser hecho coronel en el campo de batalla de Marengo. Tenía veinticuatro años.

¡Ay! Este último grado adquirido no despertó en el alma, algo orgullosa, de Antonio Fargeot la alegría, con que acogió los primeros. ¡Pobre Pedro! ¡Oh, qué cosa tan triste! correr, con el júbilo en el corazón y en el semblante, feliz por la patria, feliz por sí mismo, sentirse envuelto, penetrado de gloria, de heroísmo, ser joven yexaltado, esperar algo demasiado bello, demasiado deslumbrador para poder expresar

sarlo... y no encontrar en el hogar más que un moribundo y el desesperante misterio de un enigma tal vez indescifrable...

UN DESCANSO ENTRE LAS RUINAS

El coronel Fargeot había pasado las rocas de la Cachette, caminaba siempre hacia Mons-en-Bray; el día declinaba; empezó a llover, una lluvia de verano pesada y caliente, pero no hizo caso de ella.

Caminaba, caminaba...

Consultó su reloj; eran las siete y media.

Entonces notó que el agua que corría a lo largo del sendero sobre las hojas, y la humedad, empezaban a calarle las ropas. Vio que acababa de llegar al pie de la colina que escalaban los árboles del bosque y en cuya cima, aparecía, entre los escombros de las paredes llenas de verdín, lo que quedaba todavía del castillo de Chanteraine. La mayor parte del edificio que miraba a este lado del bosque, había sido maltratado durante la Revolución y el tiempo encargóse de continuar la obra bosquejada por el odio de los hombres. La lluvia y el viento eran fuertísimos... El joven fijó su mirada distraída en los despojos de la antigua y señorial mansión.. Pensó que era inútil toda esperanza de llegar antes de una hora a Mons-en-Bray.

-Esta marcha bajo la lluvia y luchando con el viento me cansa demasiado, estoy transido, dentro de un rato no veré nada. ¿Por qué no aprovechar el refugio que tan oportunamente le ofrecía esa morada desierta?... A la madrugada emprenderé de nuevo mi camino... Si en ese intervalo, el horror de abrigar a un defensor de la República hiciera temblar los muros de Chanteraine, yo lo advertiría.

Franqueando el montículo pedregoso, después los escombros de las paredes desplomadas que circundaban una hilera de arbustos silvestres, Pedro Fargeot recordaba un cuento que tantas veces le relatará. la. tía, Manon, el cuento de la Bella Durmiente del bosque. Pero ninguna intervención sobrenatural vino a allanar los obstáculos bajo sus pasos; no fue sin mil dificultades como consiguió llegar a un corredor y se encontró delante de una fachada que la destrucción había respetado.

Las puertas y ventanas cuidadosamente cerradas parecían esperar que un Duque de Chanteraine viniera a abrirlas.

Obligado a reconocer la muy fundada precaución de los humildes propietarios del castillo, Pedro no pensó más que en buscar un refugio entre las ruinas.

Una escalera sin pasamanos y en que los escalones parecían firmes aún, lo condujo al primer piso; buscando, a la pálida luz del crepúsculo, un rincón donde ningún desplome nocturno lo sorprendiera, siguió por un corredor hasta llegar a una pieza donde el cielo raso y frisos de madera se habían conservado intactos.

Una puerta. se encuadraba en medio de un panel cuyas pinturas habían sido respetadas por la humedad. La abrió... Pero entonces se encontró en una obscuridad completa y comprendió que había entrado en la parte del castillo que momentos antes vio herméticamente cerrada. Sus pies dieron con una alfombra, su mano con la punta de un mueble. Un vago olor a madera apolillada, a telas viejas, a esencias olvidadas, un olor del pasado flotaba en la atmósfera tibia... Pedro encendió un fósforo y miró en derredor suyo .

La pieza en que acababa de entrar era vasta; escritorios de palo de rosa pintados, asientos de diversas formas la adornaban; las cortinas bordadas, la seda color malva de las sillas, habían conservado algo de su brillo; no obstante, indicios de deterioro saltaban al primer golpe de vista, y la alfombra, en fondo claro con ramos de flores, dejaba ver la trama en algunas partes.

En la pared había retratos con lujosos marcos, que como los muebles, parecían datar de mediados del siglo XVII.

A la luz precaria de los fósforos que a cada instante tenía que renovar nuestro oficial, la sonrisa de todos aquellos ojos, despertados por un momento, parecían mirar bondadosamente al voluntario republicano, como si un sueño de treinta o cuarenta años no les hubiera revelado nada de lo sucedido en Francia desde el día en que se durmieron.

Pedro se puso a examinar algunos de esos retratos.

Parada en un balcón que se abría sobre un gran parque, con un cofre en la mano del que salían collares de perlas y oro, una joven more-

na con la cabeza empolvada, de rasgos regulares aunque algo rígidos, y de ojos negros que la lealtad y la inteligencia iluminaban, parecía sonreír al retrato que le hacía *pendant*, el de un hombre joven como ella, rubio, pálido, de semblante alegre.

El coronel Fargeot contempló largo rato la imagen de aquella mujer y le pareció que su sonrisa de bondad franca y cariñosa debía haber resplandecido en las vidas sobre las que irradiaba... Después, se entretuvo mirando el traje, con ramazón verde, y rosa, y la peluca con rizos extravagantes de un gentil hombre no joven y, sin embargo, presumido y adornado como un *bibelot*; también le hizo mucha gracia el vestido floreado de una señora, demasiado vieja para que pudiera sentarle el traje de pastorcilla.

Solo, en el medio del testero principal, un gran retrato presidía esta asamblea de efigies nocturnas.

Era el de un viejo en que el rostro suave y fino estaba realzado por la nivea blancura de su larga barba, llevada contra la moda. Ese señor tenía un libro delante, pero sus ojos parecían seguir algún ensueño bien lejos de allí. Y había como una relación misteriosa, una sutil afinidad, entre la mano, de dedos finos, que descansaba sobre la página del libro abierto, y la mirada llena de quimera que la leía.

-El viejo Duque de Chanteraine, indudablemente -pensó Pedro.

En la sala de los retratos había dos puertas. Una de ellas daba a un saloncito, donde se adivinaba, por la disposición y elección de los muebles, todo un pasado de intimidad; donde un armonium, cuadernos de música, una biblioteca llena de libros, un chaquete abierto todavía, un costurero que contenía una labor empezada, contaban las veladas familiares de los Chanteraine durante el período de tristeza que debió seguir para ellos a la muerte del Duque.

El oficial siguió su viaje de exploración por el castillo de Chante-raine; parecía que los habitantes de esa mansión misteriosa, celosamente guardada por el bosque, acabaran de dejarla. La noble morada no estaba muerta, sino dormida; se hubiera dicho que de un momento a otro, como el castillo de la Bella Durmiente en el bosque, en la que antes había pensado Fargeot, podría despertar.

En ese sepulcral silencio, ante el sueño que dormían todos esos objetos inertes que, seres vivientes, animaron en otra época con su presencia, el joven no podía abstraerse a un supersticioso malestar. El crujido de un mueble, el ruido de una puerta que rechinaba sobre sus goznes, su propia figura que se dibujaba en un espejo que no había visto, lo agitaban y hacían vibrar sus nervios como débiles cuerdas. Después se reía de sí mismo y con un esfuerzo de voluntad disipaba sus locas alucinaciones.

Empezando a sentir cansancio, resolvió no seguir en sus investigaciones y volvió: al primer salón; se recostó en una poltrona, y bajo la oculta protección de los retratos que parecían haber sonreído a su llegada, se durmió profundamente.

LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Hacía cuatro horas que Pedro dormía, cuando la campana de un reloj que daba las doce, lo despertó.

No bastante despejado en el primer momento de este despertar para darse cuenta del sitio en que se encontraba y admirarse de que un reloj diera la hora en una casa deshabitada desde hacía cerca de diez años, esperaba, al abrir sus pesados párpados, encontrarse en su cuartito de Bremenville.

Fue algo muy raro lo que le hizo darse cuenta, cuando abrió los ojos, de su presencia en el Castillo de Chanteraine.

En el salón, donde se había imaginado que se efectuarían las reuniones íntimas de la familia de Chanteraine (y cuya puerta a la vuelta de su peregrinación por los departamentos desiertos, olvidó cerrar), una araña de cristal se había iluminado como por encanto, y bajo la claridad que cala del cielo raso azul, con guirnaldas de rosas, el gentil hombre de los extravagantes bucles y la señora de edad madura con traje pastoril, bajados de sus marcos jugaban tranquilamente una partida de chaquete.

En un principio, el oficial creyó ser presa de una alucinación, consecuencia del pánico que lo había invadido antes de dormirse, o de la prolongación, ya despierto, de un sueño olvidado en que sus ojos velados hubieran conservado la visión. Pero pasado el primer momento de estupor, tuvo que comprender que los dos jugadores no pertenecían absolutamente al mundo de las ilusiones ni de los fantasmas, como también que habían envejecido después que fueron hechos sus retratos; lo que probaba que no habían escapado al yugo de la ley común a todo ser viviente.

De pronto, sin que el joven pudiera ver quién estaba sentado delante del armónium, se oyó tocar una antigua romanza, de la que instintivamente los dos señores llevaban el compás.

Al lado de la chimenea había un hombre bajo, vestido de negro y con peluca blanca, que tenía todo el aspecto de un maestro de comedia

y que leía atentamente, con la ayuda de unos enormes lentes de oro, un libro que parecía tanto más grande y pesado, cuanto pequeño y débil era el lector.

¿De qué trampa habían escapado esas ridículas figuras? ¿De dónde venían? ¿A dónde irían?

Esos misteriosos personajes sin duda, pertenecían a la familia de Chanteraine. ¿Venían allí en complicidad con los habitantes de Mons-en-Bray? Pero en este caso, ¿cómo, por tanto tiempo, había podido ser ignorada, su presencia?

Mil preguntas de esta especie se sucedían en la mente de Fargeot. La aventura no dejaba de parecerle extraña y hasta algo inquietante. ¿Tal vez esta propiedad casi arruinada y desierta servía ahora, a favor de su desolado aspecto, de un reparo a los emigrados, un sitio de conspiración?

Pedro procuraba serenarse. Si el castillo de Chanteraine servía subrepticamente de lugar de reunión a un grupo de partidistas reales, la casualidad que traía allí a un oficial del Primer Cónsul merecía, a los ojos del joven, darle el nombre de Providencia.

Lo difícil era manejarse útilmente y en el más completo silencio. Procurando apagar sus pisadas, el coronel Fargeot consiguió salir de la pieza en que se encontraba y ganar la galería lateral sin ser oído. Allí, en la profunda obscuridad, siguió a lo largo de la pared por espacio de unos quince metros, reconociendo a tientas el lugar donde estaban las puertas que daban acceso a las habitaciones que él había recorrido antes.

Ningún ruido, ni murmullo, ni movimiento sospechoso, denotaban que estas piezas estuvieran habitadas.

Algo desconcertado, el joven iba a volver sobre sus paseos, cuando se detuvo bruscamente sobrecogido. Acababa de ver que frente a él, una de las puertas que acababa de tocar con sus vacilantes manos de ciego, dejaba filtrar un débil rayo de luz. Con dobles precauciones Pedro acercó el oído al tabique. El más completo silencio parecía reinar en el interior. Entonces, midiendo todos sus movimientos, estreme-

ciéndose al menor crujido de las maderas o de las cerraduras, el coronel Fargeot abrió la puerta.

A la primera mirada al misterioso aposento comprendió que se había extraviado, que su razón y su delicadeza, exigían que se alejara lo más pronto posible con tanta prudencia como había venido; pero una fuerza poderosa, irresistible, lo detuvo...

¿Qué ilusión era la que lo conducía? Leía, en sueño, un delicioso cuento, el de la Bella Durmiente del bosque que su tía Manon tantas veces le contara, y que el instinto le había hecho pensar.

Un poder sobrenatural lo llevó hasta el umbral de la mansión encantada; a su vista las paredes se habían hundido, los relojes parados desde cien años antes, empezaron a sonar, los viejos retratos habían bajado de sus marcos para emprender de nuevo sus antiguas costumbres, mientras una canción de otro tiempo vibraba bajo el impulso de dedos invisibles... ¡Y ahora, era la princesa, la princesa adormecida por las hadas, la que iba a despertar a una vida nueva!

Estaba allí... la pálida claridad de una lámpara de plata, claridad dulce, rosada, la envolvía... Era ella, sí, ella que aparecía, fresca y linda sobre los almohadones del sofá donde la había sorprendido el sueño, medio tendida, con un libro en la mano.

Su antiguo peinado, la forma del vestido a rayas rosa salpicado de ramos, que la vestía, el casto fichú de encajes que cruzaba sobre su pecho, hubieran hecho sonreír, como pertenecientes a una época lejana, a las «maravillosas» del año VIII, pero sus espesos cabellos se adivinaban adorablemente rubios bajo la tenue capa de polvos; su delicado tinte de flor blanca, sus grandes ojos sombreados, su pequeñísima boca que ingenuamente sonreía a un sueño, tenían veinte años; en el abandono de la inconsciencia del reposo, en toda su persona, se veía el candor... Y la gracia era tan pura, el encanto tan conmovedor, en ese sueño de niña, que ingenuamente el coronel Fargeot se arrodilló para contemplarla.

Aún la víspera, Pedro hubiera reído, si alguna mujer con la cabeza llena de romances, le hubiera hablado de esas inverosímiles pasiones que estallan a la sola influencia de una mirada; ¡pero era un

sentimental este diestro manejador del sable, este soldado cuyo primer amor fue la patria amenazada!... Y he aquí que, de pronto, parecíale que antes del instante que acababa de pasar, su corazón no había hablado, que siempre había esperado a una mujer cuya imagen estaba en él y que vela por primera vez real y verdadera.

¿Qué podía ser para él, sin embargo? Una exquisita visión que bien pronto se desvanece. ¿Con que derecho se quedaba él allí, al lado de una niña que se había dormido en la seguridad de encontrarse sola?

Tristemente, casi con pesar, se había levantado. Todavía volvió a mirar a la Bella del bosque. Para verla, mejor, se acercó y se inclinó hacia ella. Súbitamente, como a pesar suyo, tomó la punta de la cinta rosa que caía a lo largo del vestido y la besó.

Entonces pasó algo singular. Las pestañas negras descubrieron dos grandes ojos azules que sonreían, y una voz dulce, cristalina, como se atribuye a los ángeles, murmuró, como en el cuento: «Soñaba con usted... ¡cómo se ha hecho esperar!... »

Verdad que la ilusión fue corta.

Apenas concluida la frase, la sonrisa había desaparecido. Ciertamente enloquecimiento ocasionado por el miedo y la cólera, desfiguró el semblante de la Bella. Más blanca que antes, la joven se irguió bruscamente y orgullosa en su traje de colores antiguos:

-¿Quién es usted? ¿cómo ha entrado aquí? -gritó ella- Sepa que no estoy sola y que...

Pero Pedro, algo confundido en un principio por esa vehemencia y afectado por esa indignación, recuperó su sangre fría.

-No tema nada de mí, señorita, se lo ruego -dijo- ¡Oh! siento haberla asustado, pero en Audrettes me habían dicho que desde hace varios años el castillo estaba deshabitado, y créame, señorita, que ninguna mala intención me ha traído aquí... Viajo a pie, la tempestad y la noche me han sorprendido lejos de todo abrigo... muy abatido por una desgracia reciente, muy cansado por un largo viaje, me ha faltado valor para proseguir mi camino y me he tomado la libertad de buscar un refugio para pasar la noche aquí, donde no creí encontrar a nadie... Ha

sido, pues, ignorando completamente su presencia como he entrado en este aposento, y...

Aquí la explicación se hizo más difícil. Pedro titubeó; después sonrió a pesar suyo:

-La he creído la Bella Durmiente del bosque -concluyó.- Ahora me voy en el acto... indudablemente, señorita, es ésta la mejor manera de reparar mi falta, y obtener su perdón.

EL SECRETO DE CHANTERAINÉ

Después de todo, puede ser que la Bella del bosque no hubiera notado la confusión del despertar, de la libertad que se había tomado el desconocido de besar su cinta. Fuera lo que fuera, todo indicio de enojo había desaparecido de su bellísimo rostro palidecido; sólo el temor persistía, un temor menos intenso, pero más doloroso, un temor que no pretendía disimular el orgullo de la patricia ofendida, y que parecía pronta a manifestar con lágrimas su impotencia.

Y Pedro se callaba, no atreviéndose a hablar, afligido ante esta crisis que él veía venir y a la que no podría dar consuelo. Pero la pobre niña procuraba contener por un esfuerzo de su voluntad, los gemidos que se agolpaban en su garganta; después de un momento de silencio y sin duda de lucha interior, pareció recobrar la posesión de sí misma, y sus ojos azules, velados todavía, se levantaron hasta el oficial.

- ¡Ah, señor! - murmuró, - ¿es usted a quien le toca implorar?

Fargeot quiso protestar; ella con gesto rápido, casi instintivo, lo detuvo.

-Pedía usted perdón -dijo ella,- ¡oh! yo con el mayor gusto le perdono... Pero el tiempo de las hadas está ya muy lejos, y estamos en una época en que hay que felicitarse de no ser hija de un rey... Yo no sé nada de usted, señor, nada de sus ideas ni de sus creencias... Y si juzgo por su traje y su peinado, es usted impío y republicano, aunque en verdad no tiene usted mal aspecto... ¿Hará usted caso de mi súplica, si le pido, por lo más querido que tenga en el mundo, que olvide que me ha visto, no revelando jamás nuestro secreto? No hacemos mal ninguno, ¡oh! se lo aseguro.

-Cada día se hace más difícil reconocer a los republicanos por el traje y el peinado, señorita -contestó el joven conmovido y contento a la vez;-pero me avergonzaría si la engañara. Soy republicano. Se puede serlo, créamelo, sin aceptar la guillotina.. Nunca he sido cabecilla de un partido. Y ante todo, soy soldado. ¿En cuánto a traiciones?... Míreme usted bien, señorita -agregó,- usted me ha hecho el honor de decir-

me que no tengo el aspecto de ser mal hombre, ¿encuentra usted en mi aspecto algo de traidor?

La dulce mirada de Pedro buscó los ojos de la niña. Y esa mirada era tan recta, tan franca, que los ojos amedrentados no le huyeron, más, se refugiaron allí un instante serenados por la lealtad y bondad que se leía, en el fondo de las pupilas del oficial.

-No; usted no puede ser un traidor - dijo muy despacio la Bella del bosque.

Pedro continuó:

-Ese secreto de que usted hablaba, y además ¿qué se yo?... Ignoro su nombre y el de las personas que he entrevistado hace un rato...

-Cuando hablé de un secreto -dijo ella,- usted habrá comprendido perfectamente que no se trataba de nada que... de nada parecido a un secreto... ¿político? El nombre que yo le pedía que no revelara a nadie, el nombre que no puede ser ignorado por usted, voy a decírselo: me llamo Clandia de Chanteraine... Soy la nieta del duque Roberto Gerardo de Chanteraine muerto hace doce años. Este secreto del que usted ya conoce una parte, puesto que sabe que el castillo está habitado, creo que debe usted conocerlo todo... y que lo guardará... ¡oh! no, mejor, pero... ¿cómo podré decir?...

La joven se detuvo; después prosiguió suavemente:

-Usted no ocasionará perjuicio a nadie -terminó.

-Será una satisfacción para mí oír lo que usted me haga el favor de decirme -contestó Pedro conmovido y agradecido al ver la intuición con que la joven había reconocido sus escrúpulos.

-Si en el país le han dado a usted informes de este pobre castillo -siguió diciendo la joven,- no habrán dejado de decirle que los pocos sobrevivientes de la familia de Chanteraine habían emigrado en 1791... Sí; nuestros amigos y enemigos tenían la seguridad de que nos habíamos ido, aunque ninguno podía jactarse de habernos visto partir... y, yo se lo juro, señor, jamás, ¿me oye usted bien? jamás ninguno de nosotros ha dejado Chanteraine.

- ¡Oh! esto parece inverosímil - dijo Claudia advirtiendo la inmensa sorpresa que se pintaba en el rostro del oficial:-pero bien pronto verá usted que esto puede creerse muy bien...

-Cuando empezó la Revolución -prosiguió la señorita de Chanteraine, algo sofocada por la emoción,- la familia de Chanteraine perdió su jefe. Mi tía, Carlota de Chanteraine, ya anciana, yo todavía demasiado joven, nos encontramos casi solas en el inundo, no teniendo más guía que uno de mis primos, el caballero de Plouvarais, que con su hermana, habitaba Chanteraine desde algunos años atrás... ¡El señor de Plouvarais es el mejor de los hombres; pero también el más irresoluto, incapaz de tomar una iniciativa! En estas condiciones y dado el precario estado de nuestra fortuna, la idea de emigrar y tener que luchar con las dificultades y los peligros de una existencia incierta y aventurada, aterraba a la señorita Carlota de Chanteraine, que no pudo conformarse con dejar el castillo en momentos en que la mayor parte: de nuestros amigos se apresuraban a pasar la frontera. Bien pronto nuestra existencia no fue sino una serie de trances y angustias. Cuadrillas de forajidos recorrían el país, saqueando, destruyendo, incendiando... Al volver a Chanteraine después de una corta ausencia, encontramos destrozos, ruinas casi. Teníamos mucho por qué temer. Fue entonces cuando, aconsejada y dirigida por. Quintín, un antiguo y desinteresado servidor de mi abuelo, mi pobre tía, tan poco hecha para la época en que vivía, tomó la extravagante resolución de hacer creer en nuestra desaparición... En esta parte del castillo está, muy bien disimulada, la entrada a un inmenso subterráneo con ramificaciones que van a dar a muchas leguas de distancia y tienen salida en distintos puntos del campo y que fue construido cuando la guerra de cien años, por Tristán de Chanteraine, uno de nuestros antepasados, para prevenirse contra las sorpresas del enemigo. El secreto de este sombrío asilo fue transmitido por muchos años de padres a hijos, después olvidado, no se sabe por qué, durante dos siglos. Mi abuelo, que se complacía en vivir en medio de los recuerdos de nuestra casa, lo descubrió descifrando, por un prodigio de paciencia y casi de adivinación, los enigmas de un libro mágico muy antiguo, tesoro ignorado que se encontraba en nuestros archivos.

Siguiendo las instrucciones que le fueron dadas por su amo, Quintín nos las reveló... Debajo de la morada visible y siempre amenazada, hay otra invisible y segura, en que la distribución se prestaba para alojar mucha gente y por tiempo indeterminado. Mi tía juzgó que estábamos salvos. Mientras nos creían muy lejos, en Alemania, en Inglaterra... vivíamos debajo de tierra.

-¿Pero cómo, de qué vivían ustedes? -preguntó Pedro.

-Cada cuanto tiempo -replicó la joven,- un cuñado de Quintín, arrendatario en Mons-en-Bray, que nos es secretamente adicto, nos trae, por el camino de los topos, las provisiones necesarias para nuestra subsistencia... Un día nos hizo saber que Chanteraine, vendido como propiedad de los emigrados, había sido adquirida por la aldea de Mons-en-Bray, y nuestra situación se mejoró en parte. Nosotros seguimos no saliendo del castillo sino, muy raras veces y siempre en medio de la obscuridad; pero el hogar se reorganizó. Mientras la gente se mueve y trabaja a la luz del sol, nosotros dormimos en nuestra tumba protectora, y Chanteraine parece muerto; pero, cuando a su vez ellos reposan después de terminado el día, desde que las tinieblas envuelven los campos, el castillo despierta, los relojes parados por la mañana vuelven a marchar, las lámparas se encienden, la vida empieza para nosotros. Las distracciones no son muy variadas, y esta rara existencia no es seguramente la felicidad para ninguno de nosotros, ni aun la tranquilidad... Pero, sí, el bienestar de una seguridad relativa en una época en que puede uno considerarse feliz de haber podido conservar la vida y elegir por sí mismo la prisión en que ha de encerrarse.

-Ya ve usted, señor, que los huéspedes de Chanteraine no son enemigos a los que haya mucho que temer... Y por lo tanto, si usted deja adivinar nuestra presencia... ¡oh! ¡Dios mío, en estos tiempos abominables, de horribles injusticias, quién puede prever lo que sucedería!

LA SEÑORITA CARLOTA DE CHANTERAINE

La joven se había cubierto la cara con sus dos manos como para abstraerse a una horrible visión.

-Pero los días del Terror han pasado -dijo Pedro.- ¿No han sabido ustedes nada de los acontecimientos públicos? ¿El eco de los rumores exteriores no ha llegado hasta ustedes, ni aun por intermedio de un fiel abastecedor?

-Durante un año Quintín tuvo la orden de traernos todas las novedades que sabía por su cuñado -respondió la señorita de Chanteraine dominada todavía por la emoción.- Pero desde los primeros días del mes de febrero de 1793, supimos que el 21 de enero de ese año, el Rey había sido guillotinado, por un juicio de la Convención. «Quintín -declaró mi tía con un tono que no admitía objeción,- Su Majestad ha muerto; creo que usted comprenderá lo poco que puede interesarnos lo que haya sucedido, suceda o sucederá en una República. Es, pues, inútil que nos comunique los acontecimientos políticos... La Francia no existe para nosotros. El día en que monseñor el Delfín entre en posesión del trono de san Luis y de Enrique IV, de quienes es el heredero legítimo, usted nos lo hará saber».

-¿Y, desde la muerte del Rey, ni su tía ni sus primos han vuelto a informarse?...

-Jamás.

-¿Pero... usted?

- ¡Oh! yo soy menos estoica que mi tía, pero, como Quintín es incorruptible, he recurrido a Bárbara, su mujer, para saber algo, pero nunca estaba bien informada. Quintín, que no podía dejar de contar las atrocidades del Terror, se hizo menos comunicativo después de la caída y muerte de Robespierre, época en que hubo un poco de calma. El no cree en esa calma, dice que todo va mal, que los franceses bailan desde hace seis años sobre cenizas mal apagadas, y compara la Revolución con el gato Rominagrobis...

El joven no pudo contener una sonrisa.

-Ese bravo Quintín parece demasiado pesimista, señorita, y nada es más cierto que la paz que goza la Francia en su interior, por lo menos desde el 18 brumario de este año... quiero decir el 9 de noviembre del año pasado.- Ese día, hemos sido libertados por el general Bonaparte, del despreciable gobierno del Directorio, y ha tomado el poder para honor de nuestro país... ¿Quintín no habrá dejado de hablarles del general Bonaparte?

-En efecto, Bárbara me lo ha nombrado -dijo ingenuamente la señorita de Chanteraine;- pero fue a propósito de la guerra.

-Ese nombre es hoy el del jefe del Estado, del Primer Cónsul. ¡Con el gobierno de Bonaparte una nueva era ha empezado... una era de gloria, de justicia, de verdadera libertad!

Claudia hizo un gesto de impaciencia.

-Le pido disculpa, señorita - agregó respetuosamente el coronel Fargeot,- pero es preciso que usted sepa, lo mismo que sus parientes, que no es para nada necesario este horrible cautiverio a que la han sometido junto con ellos... ¡No, para nada! ¿Qué cosa más fácil, en efecto, que hacer borrar de la lista de los emigrados el nombre de Chanteraine?... ¡Dios mío, señorita, ya está llena de rayas esa triste lista! Lo que ante todo quiere el Primer Cónsul, es la reconciliación de los partidos, es la libertad para todos... ¿No se encontraría feliz, señorita, aun bajo un gobierno republicano, en poder ir a orar a una iglesia, en asistir a la celebración de la misa?... Bonaparte quiere también la libertad religiosa... ¡Si usted pudiera comprender las grandes cosas con que sueña ese hombre casi sobrehumano!

Las finas cejas de la señorita de Chanteraine volvieron de nuevo a crisparse.

-Es usted un exaltado, señor-dijo la joven. -Y dudo que mi tía consienta jamás en dejar nuestro retiro: sabría entonces la muerte del pobre Delfín, en quien ella piensa siempre como en monseñor el Conde de Provence, o monseñor el Conde de Artois, como en el hijo de Su Majestad el Rey Luis XVI. ¡Ella espera al Rey!...

A Pedro le asaltó el deseo de decir:

-¿Y usted, señorita, a quién espera? ¿Era con el Rey con quien soñaba algo tan alegre que la hacía sonreír? ¿Era el Rey a quién usted creía reprochar por haber tardado tanto en venir?

Pero, como es de suponer, se guardó muy bien de ser tan indiscreto.

-Es usted mejor juez que yo en lo que concierne a su señora tía -replicó él.- Permítame, no obstante, dejarle a usted mi nombre. Sin ser de los íntimos del Primer Cónsul, tengo, como todo soldado convencido, alguna influencia con el general Bonaparte. Si sus parientes se resignan a solicitar la regularización, y que en este caso mi intervención pudiera serles útil, sería para mí un gran placer.

Pedro escribió en una libreta su nombre, su grado y las insignias militares que constituían su dirección en todas partes; después arrancó la hoja en que acababa de escribir, y se la dio a la señorita de Chanteraine.

-Doy a usted las gracias, señor Pedro Fargeot.

Y con los ojos fijos en el papel, se admiraba de encontrar tanta suavidad y cortesía en un soldado republicano, un hombre del pueblo tal vez, o al menos de nacimiento humilde.

-Y yo, señorita, doy a usted las gracias por la confianza que me ha dispensado y de la que me siento muy honrado.

Después, inclinándose profundamente:

-¡Adiós, señorita! -concluyó él.

Clandia no contestó. Entonces, muy apesadumbrado el oficial, hizo ademán de retirarse; pero con un ligero gesto la joven lo detuvo, algo confundida, sonrojándose:

-Señor Fargeot -dijo ella;- usted se detuvo en Chanteraine buscando un refugio contra la noche y la tormenta.. El día está lejos todavía y la tormenta no ha calmado. ¿No estaría usted en su derecho, si dejara el castillo, al echar de menos, maldiciéndonos, el abrigo y el reposo que hubiera usted encontrado en una casa desierta?... ¡Y los Chanteraine no han faltado nunca al deber de la hospitalidad!

Un dulce resplandor irradió en los ojos que interrogaban ansiosamente a Claudia.

-A decir verdad, señor coronel -dijo gentilmente la joven,- no le aconsejaría que entrara en el salón en que está mi tía, sin anunciarse... Correría el riesgo de no ser mejor recibido de lo que... lo fue aquí... Pero yo seré, su introductora. Espéreme un instante.

La señorita de Chanteraine desapareció. Sus cabellos exhalaban un olor suave que quedó en su aposento coqueto y antiguo. Todos los objetos de formas delicadas y de colores suaves reunidos allí, y que el tiempo había inmateralizado, parecían estar impregnados de ese perfume que les daba algo de vida... Entre esos objetos, Claudia había pasado sus horas de soledad, cuando niña, como cuando fue señorita... Y Pedro ya los quería, hubiera querido besarlos como preciosas reliquias.

¡Ah, qué hermosa era! ¡qué seductora, la Bella del bosque! ¡Qué gracia exquisita en sus movimientos, en su modo de andar! ¡Qué ingenuidad se adivinaba, en sus ojos, en sus labios en sus palabras!... El coronel Fargeot se dejaba llevar por su entusiasmo... La lluvia, el cansancio, la obscuridad, nada le importaban. Tenía una sola idea fija: que tal vez los antiguos retratos iban a permitirle pasar algunos momentos más cerca de Claudia; que por algunos instantes todavía iba a verla, a oírla, a respirar el mismo aire que ella, antes de dejarla para siempre.

EL SALON DEL ARMONIUM

En fin, Pedro Fargeot fue introducido en el salón del armónium, y la señorita Carlota de Chanteraine, magnífica de solemnidad y gracia a un mismo tiempo, se dignó avanzar dos pasos para recibir al joven.

-Sea usted bienvenido, caballero -dijo ella.- Como la nobleza no ha perdido todavía todos sus antiguos privilegios, tiene el placer de ofrecerles hospitalidad.

Su frase le pareció tan bonita y estaba tan satisfecha de haberla dicho, que gratificó con una sonrisa de satisfacción su propia amabilidad.

Después se cambiaron presentaciones, se ofrecieron asientos, y la conversación empezó.

No se habló poco de la lluvia y de los días lindos, de los bosques de Hauvert, de los que la señorita Carlota decía «nuestros bosques», del tiempo de las fiestas de Trianón, al que ella llamaba «nuestro tiempo», y de Juan Jacobo Rousseau, a quien ella llamaba «nuestro Rousseau», a quien perdonaba, el *Contrato Social*, que ni lo había hojeado, por haber escrito la *Nueva Eloísa*, que tanta veces había leído.

La solterona no cumplió la promesa que había hecho a su sobrina, de no hacer alusión a los acontecimientos del año 89 y los sucesivos. Llegó un momento en que la palabra «Revolución» le cosquilleó de tal manera la lengua, que no pudo, costara lo que costara, dejar de pronunciarla.

Fue a propósito de un incidente trivial. El señor Fridolin, el hombrecito vestido de negro, antiguo preceptor de los niños de Chanteraine, había puesto demasiado cerca de una cortina de ligera tela la lamparita de que se servía para leer. La señorita Carlota lo reprendió con un tono de indecible espanto.

-Usted no se sorprenderá de mi emoción, señor Fargeot -explicó ella,- cuando sepa que por una imprevisión semejante. murieron mi sobrino el Marqués de Chanteraine, la Marquesa, su mujer, y Gerardito, su hijo, único heredero de nuestro nombre... Durante la noche y

cuando todos dormían en la casa en que habitaban en París, el fuego hizo presa del departamento de ellos... Y más tarde, ¡ay! ¡demasiado tarde! pudo saberse por algunos testigos, que una lamparita colocada por la imprudencia de un sirviente muy cerca de una cortina de gasa fue la causa del incendio. Y perecieron sofocados, quemados antes de que se hubiera organizado el salvamento.

- ¡Oh, es espantoso! ¡qué muerte horrible! ¡la más horrible de todas!- gritó el hombrecito, sobrecogido de terror.

-Usted preferiría ser muerto por una bala en el campo de batalla, que quemado vivo en un incendio, ¿no es cierto? - dijo la señorita Carlota con alguna ironía.

Pedro se sonrió.

-Me siento, por la fuerza de la costumbre, completamente tranquilo bajo una granizada de balas, señora -respondió,- mientras que nunca he podido ver una aldea o una casa en llamas sin que algo de inconsciente, una especie de instinto, despertara en mí... Es una debilidad, lo debo confesar, aunque siempre he podido dominarla... El origen remonta, me parece, a un sueño que tuve en mi infancia. Me figuraba entonces con mucha frecuencia, que en medio del sueño el fuego invadía nuestra casa,... y me despertaba gritando con una impresión de espanto tal, que mi recuerdo encuentra todavía su intensidad.

No sé qué espíritu de maldad se apoderó de la solterona.

-Y bien, señor -contestó ella,- el sentimiento de angustia, de miedo que causa, a usted el espectáculo de una casa en llamas, a mi una vela puesta cerca de una cortina es lo bastante para proporcionármelo... y sin embargo... le juro por mi vida que envidio a mi sobrino, a mi sobrina y a su inocente hijo... ¡y hubiera preferido ser como ellos quemada viva hace veinte años, a haber presenciado nuestra ridícula Revolución!

Pero Fargeot no quiso tomar esto por el lado de una provocación.

-Ese sentimiento es digno de una heroína -contestó él con sencillez.

Y estas palabras fueron dichas con una cortesía tan perfecta por el arrogante oficial, que la señorita Carlota se conmovió y deploró su

arrebato. Y la conversación se reanudó en el punto en que se había dejado cuando la imprudencia de Fridolin hizo temer a la señorita de Chanteraine.

-La casualidad nos ha traído un huésped bastante presentable -declaró más tarde el primo Plouvarais.- Su lenguaje es el de un hombre correcto y sus maneras no dejan nada que desear... No diré que tenga la gracia de nuestros gentiles hombres de otros tiempos, pero en su andar está impreso algo de elegancia varonil que sentaría tanto a un Montmorency como a un coronel de la República.

Mientras la señorita Carlota emprendía de nuevo su partida de chaquete y el señor de Plouvarais cantaba su melancólica romanza, oída antes por Pedro, Claudia hacía preguntas al oficial sobre su vida de soldado, y también sobre su familia. Devorado por una especie de remordimiento -pues le parecía haber dado una prueba de ingratitud, admitiendo, siquiera un instante, la realidad de la falta de que Antonio Fargeot se acusaba al morir -Pedro se complació en hablar largamente de su padre con veneración y cariño. Claudia escuchaba atenta.

-Y ahora ¿usted ha quedado completamente solo, no tiene en el mundo nada más que a su vieja tía? ¡Oh! es muy triste. Verdad es que el soldado está acostumbrado a vivir lejos de los suyos... Pero a mí me parece que el soldado, más que nadie, necesita amar y saber que alguien que le quiere piensa siempre en él... Probablemente ¿usted tendrá novia?

Estas palabras fueron dichas con mucha timidez.

Pedro respondió:

-No, señorita; cuando mi pobre tía Manon Fargeot, que es muy vieja, vaya a reunirse con mi padre, que murió siendo joven todavía, no tendré nadie que piense en mí...

Una frase subía a los labios de la señorita de Chanteraine y le pareció tan desatinada que se asustó, y algo avergonzada, se guardó bien de pronunciarla. Entonces, hubo entre los dos jóvenes un corto silencio; y algo indefinible, algo no sospechado, pareció confundirlos. Claudia prosiguió:

-Usted y yo, señor, hemos tenido la desgracia de no conocer a nuestra madre, pero usted ha tenido una felicidad que a mí me ha faltado. Usted ha sido educado por su padre. Yo no he podido guardar el menor recuerdo de los míos. Mi padre murió antes que yo viniera al mundo de resultas de una caída del caballo, y, dos meses después, mi nacimiento costó la vida a mi madre.

-¡Pobre, niña! -murmuró, a pesar suyo el oficial.- ¡Cuántas penas hay ya en su vida!

-Es verdad, oh, sí! es verdad -dijo suspirando la niña.- Pero ha habido en mi vida un momento en que supe lo que era el dolor. Fue cuando perdí a mi abuelo... Yo tenía entonces once años, pero habíamos vivido en mucha intimidad; nos queríamos mucho y nos comprendíamos muy bien a pesar de nuestras edades tan distintas. Una fatalidad terrible parecía haberse encarnizado contra nuestra familia. Hijos, nueras, nietos, todo lo había perdido mi abuelo. Era yo el único ser que le quedaba de dos generaciones... y creo que había reconcentrado en mi todo el cariño que no podía dar a los desaparecidos... ¿Quiere usted ver su retrato?

LOS RETRATOS

A una afirmación de Pedro, Claudia, tomó una lamparita, y seguida del joven, pasó a la sala contigua. Antes que hubieran llegado al retrato, el oficial se detuvo:

-¿No es este el retrato de su padre, señorita? -preguntó, señalando el de un hombre que estaba enfrente del de la joven de las joyas.

-No; es el retrato de mí tío, el marqués de Chanteraine. Los del Conde y la Condesa de Chanteraine, mis padres, han sido llevados, a petición mía, al aposento en que me encontraba cuando fui sorprendida por su presencia. Es ahí donde paso la mayor parte del tiempo. Mi tío y mi padre se parecían mucho, rubios uno y otro, como todos los Chanteraine y como yo misma.

Después la, señorita de Chanteraine se dirigió al testero opuesto y levantó un poco la lámpara a fin de dar mejor luz al retrato que estaba colgado allí.

Era el de la señora de los collares de oro y perlas.

-Esta es mi tía, Irene de Champierre, Marquesa de Chanteraine. Yo tenía apenas unos meses cuando ella murió; pero mi abuelo, que la quería mucho, me habló siempre de ella, y sin conocerla, la quiero.

-Cuando entré por primera vez en este cuarto, contemplé por largo tiempo ese hermoso rostro -confesó Pedro.- Hubiera deseado tener una madre o una hermana que se le pareciera...

-Si Dios no se hubiera opuesto -replicó tristemente la joven,- hubiera sido mi segunda madre, porque su deseo era que algún día me hubiera casado con su hijo. Algunas veces, bajo la mirada de nuestro abuelo que sonreía al pensar en ese porvenir lejano, nos tomaba en sus brazos, y acercándonos a ella, para besar nuestras cabezas, nos decía cariñosamente, «sus queridos prometidos»... «Son el príncipe *Brunet* y la princesa *Blondine*», decía mi abuelo que es quien me ha contado todas estas cosas... Y mi tía Irene le prometía hacer las veces de madre para conmigo. ¡Ay! estaba escrito que yo no debía conocer la dicha de

tener madre, pues mi tía Irene murió al poco tiempo... del trágico modo que ya usted conoce...

-¿Qué edad tenía entonces? -preguntó el joven con interés.

-Veinticinco años. No se la podía conocer sin quererla. Mire sus ojos: son el reflejo de una alma encantadora, y se adivina que fue a la vez firme, leal y cariñosa. Parece que una persona que tuviera la conciencia atormentada, no podría sostenerse ante esa mirada. Yo la busco como un reconfortante, a pesar que no es sino un retrato. Me da valor, me deja mejor y más confiada... Yo no he visto en nadie una mirada que se parezca a ésta.

Hablando así, Clandia se había vuelto hacia Fargeot, a quien daba toda la luz en la cara...

Se interrumpió bruscamente, y apartándose del retrato de la marquesa Irene de Chanteraine, mostró otro al oficial.

-Mi abuelo-dijo.

-Lo había adivinado -contestó suavemente el joven.- Esa cara, venerable, esa boca fina, ligeramente irónica, esos ojos de pensador y de poeta, llamaron también mi atención.

-Ojos de pensador - repitió Claudia, - sí, eran así... ojos que sin cesar escrutaban el pasado y el porvenir, sin fijarse, al parecer, en el presente sino muy rara vez... por casualidad... Señor Pedro Fargeot, antes de su venida aquí retrato de la Marquesa Irene de Chanteraine, ¿qué le dijeron?

Y dejando la lamparita de plata sobre una consola, miró a Pedro con ansiosa mirada.

Pedro le contó lo que sabía de la venta del castillo como propiedad nacional, y de la buena acción de los habitantes de Mons-en-Bray que la compraron.

-¡Nuestros queridos, nuestros buenos paisanos! -dijo Claudia,- ¡Oh, qué emoción la que sentimos cuando supimos que ellos habían comprado Chanteraine para guardárnoslo! Yo no puedo pensar en ese desprendimiento, en esa fidelidad admirables, sin que una inmensa emoción inunde mi corazón, sin que las lágrimas aparezcan en mis ojos, sin experimentar un profundo agradecimiento... Y desde hace

muchos años, estas buenas gentes esperan como nosotros; nada quebranta su fe. ¿No cree usted, como yo, que tanta fe debe ser coronada con un milagro?

-Y es un milagro, en efecto, lo que piden esos humildes creyentes, señorita, -dijo Pedro,- pues no quieren creer que la raza de los Chanteraine se haya extinguido con el Duque: de Chanteraine, su abuelo. Y su esperanza de ver algún día un Duque de Chanteraine en el castillo reposa sobre la predicción de una antigua leyenda.

-La leyenda de los Chanteraine. ¿Eso también le han contado, señor? ¡No se ría usted de esas almas ingenuas que se dejan seducir por las antiguas canciones, por leyendas de consolador encanto! -dijo Claudia.

Después, sonrosándose ligeramente, agregó con la misma ansiedad, algo tímida:

-Y del Duque de Chanteraine ¿qué le, han dicho, señor? Si le hago esta pregunta, es porque temo que le hayan dado una idea falsa del hombre sin igual que fue mi abuelo, que se lo hayan representado bajo los rasgos de un alucinado, de: un visionario...

Pedro quiso protestar, pero ella lo detuvo.

-¡Oh! yo sé muy bien que muchas personas lo han considerado como tal. Lo han comprendido muy mal... y aun personas de su intimidad... Pero ¡cómo demostró que era más perspicaz que todos esos habladores! ¡Cómo les predijo lo que había de suceder con la monarquía que se consideraba inviolable, de la sociedad que parecía descansar sobre bases sólidas! Comprobando las faltas, los abusos que se cometían arriba, y presentando el largo trabajo que se exigía al pueblo bajo, vio venir la catástrofe en la que nadie creyó, y durante los últimos años de su vida, su mayor preocupación fue asegurar la salvaguardia de los suyos... Fue así como, ayudado de su fiel Quintín, llegó a encontrar el secreto de la morada subterránea donde hemos podido vivir tanto tiempo... Tenía además otras ideas, otros proyectos que parecían extravagantes; creencias que se juzgaban locuras... Los hombres siempre están prontos para encontrar locas o extravagantes las cosas que no pueden comprender. En su círculo se le oía, se le escuchaba con respeto, pero

él adivinaba, bajo el mismo respeto, no sé qué sonrisa de duda, si no de mofa... Aunque muy niña, era a mí a quien se confiaba con frecuencia en sus últimos años. Tal vez para comprenderlo, sería necesario ser la niña quimérica y completamente ignorante del mundo como lo era yo... y que lo soy todavía a despecho de mis veintitrés años... Esa intimidad duró hasta el día supremo... Después, mi tía Carlota y mis primos de Plouvarais han confesado que el Duque de Chanteraine había hablado, sobre un punto esencial por lo menos, como un sabio y no como un soñador... He guardado en mi corazón todo lo que él me ha dicho... y ante todo, lo que a mí no más dijo... después las promesas que me exigió para bien mío... Yo todavía tengo confianza en él... ahora, que ya no vive, me parece que me conduce, me dirige, me inspira... ¡oh! yo querría... yo....

La joven se detuvo con la voz alterada por la angustia. Pedro repitió con mucha dulzura:

-¿Usted querría?

-Quisiera que nada quebrantara esta confianza, esta fe; que nada me quitara jamás la alegría y la paz que experimento al sentirme guiada de este modo... ¡La vida me parece algunas veces tan triste, tan espantosa!

EL ANILLO CINCELADO

Los dos jóvenes siguieron conversando con cierta confianza. Pedro, conmovido con la angustia de la señorita de Chanteraine, procuraba consolarla; él le hablaba del bienestar de toda Francia, exhortando a la joven para que hiciera salir a su familia del encierro en que estaban; terminó su alegato, diciendo:

-¿Y cómo comprender que, viviendo todavía el Duque de Chanteraine., su abuelo, a quien usted ha querido tan tiernamente, hubiera consentido en tenerla alejada de todos los placeres, de todas las, esperanzas propias de su edad, que la hubiera condenado a este aislamiento; cómo no suponer que él no hubiera deseado verla unirse a un hombre digno de usted, y que hubiera sido su guía en esta vida que tanto la atemoriza?

Clandia movió la cabeza.

-Es probable que yo no me case, aunque vuelva al mundo -dijo ella con gravedad.

Y como Pedro no se atreviera a interrogarla:

-Estoy comprometida -dijo,- y seguramente, no volverá a ver jamás a quien guardo y guardaré siempre la fe jurada.

Después ella agregó en voz baja y como sin quererlo:

-Creía que sólo él podría encontrar el camino de mi retiro... creía que el viejo castillo cerrado y dormido, no se abriría, no despertaría nada más que para él...

Fargeot sintió que una tristeza mortal llegaba hasta el fondo de su corazón.

- ¡Que Dios le devuelva -dijo,- el hombre que usted se ha dignado querer!

Hubo un largo silencio, que el oficial fue el primero en romper.

-Ya despunta el día -dijo, al ver un pálido rayo que filtraba por las cortinas de brocato.- Es preciso que me ponga en camino...

- ¡El día! -repitió Claudia;- ¡el día, la aurora, el sol! ¡Ah, qué lindas palabras... qué lindas cosas!... Usted no puede comprender la alegría que experimento al ver el día.

-¿Lo ve usted algunas veces?

-Muy raras. Mi tía, que está siempre con el temor de que se sepa nuestra presencia en el castillo, me prohíbe toda imprudencia.

Pedro abrió con precaución la puerta que comunicaba con el salón de los retratos.

-¿Quiere, usted ver el sol hoy? -dijo.- Yo sé que a algunos pasos de aquí hay un balcón que por su orientación nos promete un bello espectáculo... y no puede temer ninguna sorpresa- en el bosque todo duerme todavía.

La señorita de Chanteraine vaciló, luego, seducida, hizo un gesto de alegre indiferencia y siguió al joven.

No tuvieron más que atravesar dos piezas para llegar al balcón de piedra horadada que Pedro había visto la víspera, cuando pasó por allí.

Allí, las ruinas del castillo, los árboles del bosque, el cielo, aparecieron divinamente glorificados a través del rosado resplandor de, la mañana; después de la lluvia del día anterior, el sol se había levantado soberbio, triunfante. Un céfiro fresco mecía la hiedra que adornaba la ventana, y esparcía por el aire el perfume de la tierra húmeda y de las plantas... Los pájaros cantaban rebosantes de júbilo...

-¡Oh, qué belleza, qué dulzura en las cosas de la Naturaleza! -exclamó la señorita de Chanteraine.

Apoyada en el muro, sus rubios cabellos empolvados tocaban las hojas oscuras de la hiedra que parecía querer mezclarse con ellos para coronarlos, sus ojos azules brillaban con los resplandores de la aurora, miraba, oía, respiraba con delicia; se embriagaba en la vida libre de los seres y de las cosas del campo. Pedro no veía más que a Claudia, no veía más que el ligero soplo de sus labios conmovidos, no respiraba más que el perfume de sus cabellos y sus encajes, se exaltaba ante el encanto de esa flor viviente... Y permanecían callados, poseídos por el encanto de la hora, hermosos los dos, él en su fuerza, ella en su gracia; jóvenes los dos y llenos de vida en medio de estas ruinas, por las que

trepaban alegremente las enredaderas florecientes y bellas como hadas que por tanto tiempo habían guardado el sueño de la princesa...

En medio del silencio, Pedro murmuró:

-Yo no pertenezco ni a ese mundo de que os hablaba, ni a ningún otro; no soy más que un soldado sin gran educación... Pero ¿querría usted permitirme, señorita, pedirle un favor, un favor inapreciable, y dejarme esperar en su consentimiento, y que usted no se disgustará, no se ofenderá si es demasiado lo que pido?...

Claudia miró a Pedro, no sabiendo qué contestar, él esperaba con ansiedad. Entonces ella dijo:

-Hable, señor. Tengo la seguridad de que no se atreverá a ofenderme...

Nada era más cierto. De dónde venía esta confianza ciega, ella misma no lo sabía, pero creía en Pedro Fargeot, lo adivinaba bueno y recto, tenía la seguridad de que jamás una palabra desleal habría pasado por sus labios, que jamás una acción vil habría manchado su vida.

En este viejo castillo en que ella solamente tenía aún los cabellos rubios, le parecía que nadie era bastante joven para comprenderla, bastante discreto para dirigirla, bastante fuerte para protegerla... E instintivamente su juventud buscaba esa otra juventud; su debilidad temerosa buscaba esa fuerza inteligente... Ella había encontrado una gran alegría en hablar y ser oída. Encontraba muy natural que Pedro se interesara por los seres que ella había querido, muy natural que le ofreciera a ella y a los suyos el apoyo de su influencia ante el actual dueño de la Francia. No había dudado un minuto de su palabra, cuando le prometió guardar el secreto de Chanteraine, y ahora que a su vez él pedía, que imploraba una gracia antes de formular su petición: «Hable», había dicho, bien persuadida en verdad de que este oficial de la República no le inferiría, por su voluntad, la menor ofensa ni disgusto.

Fargeot habló:

-Hace algún tiempo que mi padre me dio un anillo de oro... Esa alhaja, adornada exterior e interiormente con signos y cinceladuras raras y graciosas, llamó su atención por su originalidad y la compró para, mi madre... «Toma este anillito -me dijo,- me hace pensar en

algún misterioso talismán de cuento o leyenda. Algún día se lo darás a tu novia... esto le traerá felicidad». Seguramente no me casaré, señorita, pero sentiría que este anillo cayera en manos indignas... y en la guerra correría ese riesgo. ¿Quiere usted guardármelo?

Claudia hizo un pequeño movimiento, como rechazando.

- ¡Oh! no me diga que no, -suplicó Pedro.- Piense que este anillo no tiene más valor que el que yo le doy... Si vivo, probablemente vendré algún día a reclamarlo; si me muero... si me muero... ¡Y bien! si me muero, se quedará usted con él, y como no querrá aceptarlo aun viniendo de un muerto, usted lo pondrá en una cinta rosa como la de su vestido y lo colgará del cuello de alguna estatuita de una santa... ante la cual dirá usted, ¿no es cierto? Alguna vez una oración por el pobre soldado republicano... ¿Acepta usted?

Claudia había bajado la cabeza.

-Acepto con mucho gusto - murmuró.

-Y para mí será muy dulce -dijo el joven,- pensar que mi humilde anillo es tocado alguna vez por los dedos de la castellana. Seguramente no estaba destinado a esas manos. Algunas veces, sin embargo, me parece que una hada me ha advertido que se agrandaría desmesuradamente, y se achicaría hasta hacerse impalpable, si hubiera querido ponerlo en el dedo de una mujer que no fuese la encantadora y pura que yo veía en sueños... Helo aquí.

Y abriendo un pequeño y sencillo estuche de madera, el coronel Fargeot sacó un anillo de oro que dio a la señorita de Chanteraine.

La señorita esperaba, sonriente, algo confundida y conmovida; pero cuando hubo tomado el anillo de Pedro Fargeot, su semblante se demudó, y sus ojos expresaron una inmensa angustia:

-¿Dónde compró su padre ese anillo? -dijo ella.- ¿A quién? ¡Hable pronto!

LAS DOS DIVISAS

Conmovido, desconcertado ante la confusión sufrida por la señorita de Chanteraine a la vista del anillo cincelado, Pedro Fargeot respondió:

-Cuando mi padre me dio, hará nueve años más o menos, este anillo de un trabajo raro y delicado, le pregunté dónde había hecho esa curiosa adquisición. «En París, en casa de un coleccionista de antigüedades -me contestó. Yo destinaba este anillo, que hace tiempo compré, a tu madre que murió antes de usarlo... tú lo darás algún día a tu novia». Esto es, señorita, todo lo que yo sé del pequeño talismán de oro que deseaba confiarle.

-A su novia...-dijo vagamente la señorita de Chanteraine.

Después se puso a mirar con atención el anillo. En el interior, en medio de extraños signos que parecían reproducir alguna fórmula mágica, había grabada una divisa en caracteres góticos: *Prie et espére*.

Pedro Fargeot, agitado, inquieto, sin poder darse cuenta de la causa de esa inquietud, presenciaba silencioso ese largo examen.

-¿Cuándo murió su madre? - preguntó la joven.

-A fines del año 1777. Yo tenía entonces año y medio.

-Era antes... - murmuró la señorita de Chánteraine. Parecía hablar consigo misma.

-¿Este anillo le trae algún recuerdo? - se atrevió a decir Pedro.

Claudia levantó los ojos sin dejar el anillo:

-Algún tiempo después de mi nacimiento, -dijo ella, sin contestar directamente a la pregunta del oficial,- mi abuelo hizo hacer, por un dibujo ideado por él, dos anillos de oro que nos estaban destinados a mi primo Gerardo y a mí, y que debíamos cambiar el día de nuestro compromiso matrimonial. Esos dos anillos no diferían más que en las divisas que tenían grabadas. Cuando estuvieron concluidos, el Duque de Chanteraine dio uno a mi tía Irene y el otro a mí, mucho tiempo después. Nunca he visto el primero, el que debía recibir de Gerardo, é ignoro la divisa que lleva. En cuanto al segundo, el que yo debía dar a

mi primo, lo tengo siempre en mi poder y contiene estas palabras:
Espére et agis. Va usted a verlo.

LA LEYENDA DE CHANTERAINÉ

Claudia dejó el balcón, y entrando en la pieza contigua, tomó de un escritorio de palo de rosa, un cofre de esmalte, ahuecado en forma de urna, que abrió rápidamente, de donde sacó un anillo de oro cincelado.

-Aquí está -dijo;- mírelo...

Pedro lanzó una exclamación de sorpresa.

-Mire, mire bien -continuó Claudia de Chanteraine animándose, pero sin levantar por eso la voz- Compare cada signo, cada uno de los detalles, y lo podrá comprobar, no es un parecido confuso, una vaga analogía, ¡es la igualdad más completa! ¡Ah! creo que ahora no se asombrará usted de la emoción que he sentido cuando me mostró el anillo que le dio su padre.

-La igualdad de estos dos anillos es realmente muy rara, pero puede, ser que tenga su explicación. No olvide, señorita, que el de mi madre fue comprado en casa de un coleccionista y no de un joyero cualquiera. La Marquesa de Chanteraine pudo haber perdido el anillo de compromiso destinado a su hijo.

-No, señor. El anillo fue puesto por mi tía en una cadena de oro y colgado al cuello de mi primo desde su nacimiento, junto con una medalla de San Miguel que: nunca se la sacaba...

-¿Y Gerardo fue una de las víctimas del horrible incendio del que me habló su señorita tía?

-¿Quién puede saberlo? -murmuró la joven.

-¿Pero -replicó Pedro sorprendido,- hay alguna duda sobre la muerte del niño?

La señorita de Chanteraine movió la cabeza en señal de duda.

-Si usted hiciera esa pregunta a mi tía Carlota o a mis primos de Plouvarais, le contestarían sin titubear: «No, no hay ni ha habido nunca la menor duda de esa espantosa desgracia. Gerardo Miguel de Chanteraine ha muerto, como sus padres, hace veintidós años». Sin embargo se encontraron, fáciles de reconocer, aunque bastante calcinados, los

cadáveres de mis tíos y de algunos criados; se encontraron, entre los escombros de la escalera los restos de la nodriza de Gerardo, que probablemente, abandonaría al niño por huir más ligero; los restos de Gerardo de Chanteraine nunca se encontraron.

- ¡Oh! yo sé bien -respondió la joven a un movimiento involuntario del oficial,- que el cuerpo de un niño de dos años es muy frágil. Pero es singular que no haya quedado el menor vestigio de ese pobre ser... aunque no hubiera sido más que la alhaja que llevaba al cuello. Fuera lo que fuera, el Duque de Chanteraine, que no podía resolverse a aceptar la idea de una desgracia tan grande, se aprovechó de este hecho para creer que Gerardo se había salvado, que tal vez un milagro devolvería a su desolada vejez la alegría de ver todavía a un hijo de su sangre. ¡Y lo maravilloso es tan dulce, tan consolador para los que son muy viejos... o muy jóvenes! Cuando la muerte hubo concluido con todos los seres que debían perpetuar su nombre, mi abuelo recordó la leyenda de Chanteraine... Primeramente habló de esto con tristeza, después no hablaba, pero lo pensaba y tenía siempre, como una esperanza secreta, esa ingenua creencia que nuestros campesinos se han ido transmitiendo a través de los siglos. Sí, porque era muy viejo y vivía fuera de lo real, el Duque de Chanteraine acabó por persuadirse, con el último de sus vasallos, de que la raza de los Chanteraine no había concluido, y que, como el riacho perdido por un corto espacio entre las rocas, reaparecería de nuevo, alegre y orgullosa a la luz del día. Y él me comunicaba esta rara esperanza. Cuando estábamos solos, completamente solos, me sentaba sobre sus rodillas y yo le pedía que me contara historias de cuando volviera Gerardo... Eran historias maravillosas que yo me sabía de memoria, y de las que, nunca me cansaba. Sin embargo, no hablaba de esto a nadie, el instinto me hacía prever la burla. Cuando mi abuelo sintió próxima la muerte, me llamó y me habló así: «¿Lo esperarás, fielmente, no es cierto, mi hijita?» -me dijo con voz ya muy quebrantada,- «porque es tu novio... ¡y volverá! Volverá, lo sé, lo veo... prométeme esperarlo siempre»... «He prometido».

A estas palabras, Pedro se estremeció, y una apasionada protesta se escapó de sus labios.

-Pero era una locura, usted no podía sacrificar su vida a una ilusión...

Había olvidado el anillo y su fastidioso enigma. Era la historia de Claudia la que escuchaba, y Claudia, a propósito de este anillo que la ligaba misteriosamente a una especie de fantasma, se abandonaba a la pendiente que la llevaba a las confidencias más personales. Bajo el velo de las palabras que ella dirigía a un desconocido que la comprendía y la respetaba, procuraba instintivamente precisar la confusa tristeza que la invadía poco a poco... y no podía encontrar alivio en esta expansión en que la dulzura la doblaba dolorosamente y que hacía surgir de su corazón sentimientos o aprensiones que hasta entonces no había conocido.

-Yo era demasiado joven para comprender lo que era *sacrificar mi vida* -continuó.- La vida, ¿qué sabía yo? ¡Y tenía fe! Me parecía que en el momento supremo, mi abuelo había visto el porvenir. Muerto él, no cesaba de esperar a Gerardo. Las historias que ya nadie me contaba, yo las reconstruía más bellas en mi imaginación. Y es así como he crecido. A los dieciséis años, a los veinte, yo era todavía y soy siempre la novia que espera que su señor le traiga el anillo de oro prometido. De ese desconocido Gerardo, mi ensueño hacía un héroe, un hombre mejor, más bello, más noble que los demás hombres... No, no he dudado ni un instante de su venida. Yo no me preguntaba cómo vendría. Sabía que sería él, sólo él quien me sacaría del sepulcro en que pasaba mi adolescencia, mi juventud... ¡Yo sabía que llegaría un día en que: el castillo se abriría para él!... Si me hubieran preguntado algo sobre mi porvenir, hubiera contestado: «El porvenir no me inquieta». Y si hubiera sido franca, probablemente hubiera agregado: «Me casaré con mi primo Gerardo de Chanteraine cuando vuelva». Sí, yo creía entonces que de un momento a otro mi novio aparecería... Y con toda sinceridad, con la mayor sencillez, hubiera podido decirle... «Lo esperaba»... Ahora, nada sé... me parece que al hablar de estas cosas les he quitado su encanto, me parece que mis sueños dorados se han enturbiado, descolorido como las alas de las mariposas que se marchitan al contacto de una mano. Entonces, era yo quien iba a buscarlas al mundo de las

ilusiones; al revelárselas a usted, en verdad, no sé por qué las he traído al de las realidades... y juzgo mis sueños, como usted mismo debe juzgarlos, pueriles, absurdos.

- ¡Ay! El encanto principal de los sueños es precisamente el absurdo, es decir, lo contrario al sentido común; ¿cree, usted que yo mismo no lo he experimentado? -dijo dulcemente Pedro.

-Pero este anillo, este anillo... su anillo, señor Fargeot, es bien palpable -dijo la joven con una especie de delirio.- ¿Es acaso el anillo que la Marquesa de Chanteraine recibió de mi abuelo? ¿Es uno muy parecido?... El diseño, confiado al joyero puede, seguramente, haber sido reproducido, a pesar de la orden de inutilizar el molde después de hechos los dos anillos. Pero las divisas las grabó mi abuelo.

-Y las dos divisas que tenemos a nuestra vista, parecen complementarse -observó pensativamente el coronel Fargeot.- *Espérez et agis*, dice el anillo que usted debía dar a Gerardo de Chanteraine... *Prie et espérez* hubiera podido aconsejar el anillo que Gerardo debiera dar a su novia. La acción, la lucha confiada para él, la súplica y la fe apacible para ella... es como un ideal de vida...

Claudia permaneció silenciosa por algunos instantes.

-Coronel Fargeot -dijo, por fin,- creo a pesar mío que esta joya, que la casualidad ha puesto en sus manos, es la misma que en otro tiempo perteneció a Gerardo de Chanteraine... Es preciso que usted y yo estemos seguros de su autenticidad. Las circunstancias que nos han hecho aproximar, algo fuera de la vida positiva, me han conducido ya a revelarles cosas que creí callaría siempre. Sin embargo, no lo he dicho todo... Salvo tal vez Quintín, que no me ha dejado penetrar los secretos escondidos en su mente, no hay un ser en el mundo que sepa lo que quiero que hoy sepa usted por mí.

¿No es cierto que puedo tener esta confianza en usted... esta confianza inverosímil en que me perturbaría la espontaneidad, si, llevada por la corriente de tantos acontecimientos inesperados, abrumadores, tuviera el tiempo o la fuerza de reflexionar?

La señorita hablaba con mucha dulzura, pero en ese acento de lealtad se dejaba ver la angustia.

-Sí, señorita, le he dicho, y le repito, que puede usted concederme sin temor esa confianza que me enorgullece -respondió Pedro Fargeot, con la voz algo alterada por la emoción que le cerraba la garganta,- y puede acordármela, no sólo porque soy un hombre honrado, sino también porque una absoluta decisión me inclina... Le juro servirla, ayudarla en todo lo que pueda, y puede usted estar segura, de mi discreción...

-No le pedía un juramento -dijo Claudia con la misma dulzura,- pero me alegro de ver que usted ha comprendido toda la importancia, toda la gravedad del asunto que le confío. Lo que voy a revelar, parece pertenecer, como todo lo demás, al mundo novelesco...

Pronunciando estas palabras, la señorita de Chanteraine se dirigió a una de las puertas...

-Quiere usted venir conmigo, señor Fargeot.

Y ágil y silenciosa como una sombra, rozando la alfombra con su antiguo vestido, entró en una galería.

EL MURO QUE HABLA

Atravesaron algunas piezas en pocos instantes, después un largo corredor que los llevó hasta una puerta que Claudia abrió. Entonces apareció, estrechamente encuadrada por las paredes abovedadas de la torrecilla, una escalera de piedra en forma de espiral.

-Venga usted -dijo la joven.

Y antes que Pedro hubiera podido ofrecerle su apoyo, había dado la primera vuelta y quedó completamente oculta para su compañero. Pero llegados al pie de la escalera, su acelerada marcha fue suspendida por una nueva puerta que resistió al nervioso esfuerzo de su débil mano. Esta vez, al aceptar la intervención de Pedro, éste advirtió que estaba muy pálida y que temblaba...

-¡No haga ruido! -suplicó ella,- o al menos tenga el mayor cuidado en no turbar este silencio... que me parece lleno de amenazas.

Pero, ya la puerta rebelde había cedido y el quejido de sus goznes despertó por algunos segundos los ecos de Chanteraine. Pedro se escurría para dejar el paso libre a la joven.

-Ya hemos llegado -dijo Claudia.

Y precediendo algunos pasos al oficial, fue a levantar las cortinas que cubrían con sus pesados pliegues una gran ventana.

Entonces a los rayos del sol, apenas atenuados, en aquella lindísima, mañana de verano, por las persianas cerradas, Pedro Fargeot pudo ver que se encontraba con la señorita de Chanteraine en una pieza artesonada de roble donde había dos vitrinas llenas de armas de caza una enfrente de otra.

Cerrada la puerta de la torre, quedaba perfectamente embutida a la derecha de la ventana, en un doble panel de roble esculpido, que, cubría toda la pieza en forma de tableros y que ofrecía, a partir de la moldura, dos escenas campestres: la cosecha y la siembra.. Bajo la primera de estas escenas se leía en letras de plata bruñida esta vaga sentencia.. *Moissonera en joie qui a semé avec sagesse.* Y bajo la segunda, esta otra: *A bon vigneron bonne vigne.*

A la izquierda de la ventana, el mismo tablero estaba simulado para guardar la simetría de la decoración y adornado también con un panel esculpido en la misma forma de los otros. Allí, comentando de un lado, la sonrisa beatífica de un anciano rodeado de niños, del otro, las danzas alegres de un grupo de colegiales, las letras de plata bruñida decían, con más optimismo que elegancia: *Tout âge a ses privilèges. Toute saison a ses plaisirs.*

-Ya hernos llegado -repitió Claudia.- Es aquí donde quería traerlo; es aquí donde vamos a saber...

Se interrumpió, mirando en su derredor:

-No había vuelto a esta pieza desde la muerte de mi abuelo -dijo ella.- Sólo Quintín baja algunas veces...

Parecía anonadada.

Pedro tomó una silla de cuero de Cardone y se la llevó a Claudia, que estaba recostada en el marco de la ventana.

-Siéntese, descanse usted un rato, se lo suplico -dijo él.

Ella obedeció aceptando con una vaga sonrisa.

-No tengo mucho tiempo para descansar -murmuró.- ¡Tengo todavía tanto que decirle, que explicarle! Y es necesario que nuestra ausencia no se prolongue demasiado...

Por un instante, Claudia fijó su melancólica mirada en algunos detalles del maderamen, después dijo:

-Usted sabe, señor, por mis primeras confidencias, que el Duque de Chanteraine había previsto desde hacía mucho tiempo los tristes y terribles acontecimientos que debían turbar el fin del siglo pasado, y que temiendo por los suyos las consecuencias fatales de un trastorno social, había preparado el refugio que fue nuestra salvación. Su admirable precaución no paró ahí. Día llegó en que fueron tales las reformas que se hicieron, que la gente se fijó en que el Duque de Chanteraine había reducido sus gastos y simplificado considerablemente el tren de vida. Unos lo acusaron de avaricia, los otros atribuían a una mala administración o a prodigalidades la causa de la disminución de esa gran fortuna. Se ocupaban mucho de esta súbita parsimonia cuya causa,

fuese cual fuese, se iba acentuando y debía tomar mayores proporciones después de la muerte de los hijos del Duque de Chanteraine.

Pero el viejo gentilhombre dejaba hablar. Y así, lentamente, y en vista de un porvenir en el que sólo él creía, se ocupaba en formar un tesoro... ¡Ocultas para todos, monedas y joyas esperaban los malos tiempos! Mi abuelo no hablaba a nadie de todo esto, si no era a Quintín que lo ayudaba en todos los trabajos materiales que había emprendido. Después, mucho después, me habló a mí de este asunto. No fue el día que me dio el anillo, fue otro día, algunas semanas antes de morir. No tengo en el mundo más que a Gerardo y a ti y quiero que los dos seáis ricos... ¡Gerardo y tú, me comprendes!... jamás él sin ti, jamás tú sin él! ¡Vén, hija mía, y prepárate a grabar bien en tu memoria lo que vas a ver y a oír, porque tal vez tengas que recordarlo mucho tiempo! ¡Pobre abuelo! Dudaba tan poco de la venida de Gerardo, que quería impedirme por todos los medios a su alcance que yo dudara -murmuró la joven como sin querer.

El oficial movió la cabeza no atreviéndose a confesar que su admiración por el Duque de Chanteraine se trocaba, poco a poco en un sordo rencor.

Por momentos, Pedro parecía pronto a odiar la memoria de aquel visionario que había subordinado cruelmente todo el porvenir, toda la felicidad, toda la libertad, de su nieta viva a la realización imposible del sueño más absurdo, a la vuelta, milagrosa, a la resurrección de su nieto.

Claudia siguió diciendo:

-Después de haberme recomendado la mayor atención, mi abuelo me condujo por la escalera que acabamos de bajar, hasta esta salita que dependía de su departamento particular y en la que tenía la costumbre de guardar sus mejores armas de caza.

-¿Aquí? -murmuró Pedro.

-Aquí mismo -contestó la joven.

Después se levantó, dio algunos pasos y se detuvo delante del panel de roble esculpido a la izquierda de la ventana, que el oficial vio al entrar.

-La voluntad del Duque de Chanteraine se ha cumplido -dijo ella- Me acuerdo de todo, ¡oh, sí! de todo lo que vi y oí entonces. Primero, mi abuelo me mostró estas dos escenas familiares que se ven en los paneles designándome más especialmente éste cuya leyenda me hizo leer en voz alta: *Tout âge a ses privilèges. Espère et agis*, respondí yo... Entonces, se acercó a la pared, volviendo a pedirme que siguiera con toda escrupulosidad sus indicaciones. Me hizo observar en primer lugar que las letras contenidas en la divisa del anillo, se encontraban todas, una vez por lo menos, en las palabras que yo acababa de leer debajo de la escena del panel de la izquierda: *Tout âge a ses privilèges*, después apoyó sucesivamente sobre la *e* de *âge*, sobre la primera *s* de *ses*, sobre la *p* de *privilèges*, de nuevo sobre la *e* de *âge*... y así sucesivamente, teniendo cuidado de no tocar más que una letra de cada clase, hasta que hubo indicado todas las letras de la divisa: *Espère et agis*. El se encontró con que había tomado una vez la *t* de *tout*, la *a* de *âge*, la *p*, la primera *r* y la primera *i* de *privilèges*, dos veces la primera *s* de *ses* y cuatro veces la *e* de *âge*...

Los caracteres que había tocado, habían quedado incrustados más profundamente en el roble; cuando la última *s* de *agis* fue indicada en la leyenda, observé de pronto una parte del maderamen, la que tenía la escena de que nos habíamos ocupado, cejó hundiéndose en el muro a la izquierda y dejó entrever, en un espacio limitado por la otra parte del maderamen y como del tamaño de una mano, una superficie de metal muy liso... En seguida mi abuelo me explicó que detrás del doble panel que acababa de hundirse, se encontraba la puerta de una caja de hierro disimulada en la espesura del muro. Era allí donde había depositado secretamente la fortuna destinada por él a Gerardo y a mí... Pero como, con la curiosidad de una niña, yo insistía para que la abertura se agrandara más y me permitiera examinar a mi gusto el misterioso escondite, una afectuosa negativa acogió mi petición: «Hija querida, -se me respondió,- de ningún modo puedo satisfacerte. Se precisaría para que el maderamen acabara de abrirse dejando la puerta secreta completamente libre que tú no ignorases la divisa que está grabada en el anillo que Gerardo te traerá algún día; sería preciso que tú repitieras con la

ayuda de esa divisa y de la leyenda del lado derecho del panel: *Toute saison a ses plaisirs*, la operación que acabamos de ejecutar del lado izquierdo y que me ha sido posible porque conocía las palabras escritas en el anillo para Gerardo, en el anillo que recibirá de tu mano: *Espérez et agis...* Entonces, no pensé más que en oír dócilmente las preciosas indicaciones que el Duque de Chanteraine se tomó el cuidado de hacerme y que se relacionaban con este, armario, esta caja de hierro apenas entrevista, y que Gerardo y yo podremos abrir algún día, gracias al secreto que me ha sido confiado»...

Claudia calló; el coronel Fargeot había adivinado el experimento decisivo que ella quería tentar; sin embargo, esperó que se explicara con más claridad.

-Usted ha comprendido, señor -dijo ella al fin,- la respuesta que yo espero de esta pared inerte. Si el anillo que está en su poder es el que mi abuelo dio, hace más de veinte años, a la Marquesa de Chante-raine, si la divisa que tiene escrita es el complemento de la que conocemos por el otro anillo, los dos lados del panel se abrirán, descubriendo su secreto.

-Comprendo -aprobó Pedro.

Lentamente, con mano temblorosa, Claudia renovó la misteriosa operación, de la cual su memoria había guardado un recuerdo tan preciso. Sus dedos se posaron en el orden indicado y tantas veces cuantas fue necesario sobre cada una de las letras de la leyenda, allí donde, diez años antes, ella vio fijarse los pálidos dedos de su abuelo; después, cuando el panel de la izquierda se introdujo en la pared, dejando entre-ver como en otro tiempo la superficie de la caja de hierro, concentró toda su atención en el panel de la derecha... Y mientras que, con voz entrecortada, pronunciaba, para no perderse, cada una de las letras de la divisa *Prie et espérez*, la misma tarea empezó.

A la quinta letra, la pobre niña se detuvo ahogada. Pedro creyó que iba a desvanecerse.

- ¡Dios mío! ¡qué pálida está usted! -exclamó él.- Estas emociones son para usted demasiado fuertes.

Hubiera deseado confortarla, apaciguarla, tranquilizarla con palabras dulces y cariñosas como se hace con los niños.

-Es un momento de horrible sufrimiento para mí -dijo la señorita de Chanteraine, procurando sonreír,- y me siento demasiado débil para soportarlo.

No obstante, por un esfuerzo de voluntad, se dominó y continuó el experimento iniciado.

Pronto no le quedaron más que dos letras que tocar.

Pero el valor le faltó; parecíale que sus manos se hacían pesadas.

-Por favor -balbuceó ella,- reempláceme...

Muy conmovido por esta singular escena, Pedro Fargeot se acercó al maderamen, y tomando de nuevo la divisa en la última sílaba de *espére*, donde Claudia la había dejado, apretó fuertemente la *r* de la palabra *plaisir* y la *e* de la palabra *toute*, ya muy introducidas en su refugio de roble.

Entonces, se sintió un crujido tan estridente, que el joven se estremeció, y con una especie de tranquilidad majestuosa, las dos partes del panel rodaron en sentido opuesto sobre sus goznes invisibles, dejando aparecer poco a poco una gran placa de hierro que una hábil mano había adornado con finos cinceles.

AMOR SIN ESPERANZA

Ante el hecho consumado, ni Pedro ni Claudia encontraron palabras... La, señorita de Chanteraine se dejó caer sobre la silla que hacía un rato le había alcanzado su nuevo amigo; estuvo allí por algunos instantes, sin fuerzas, sin voz.

- ¡Yo he querido saber, y sé! -murmuró ella al fin retorciendo maquinalmente, con un movimiento lento, sus manos.- Sí, yo sé; ese anillo que por casualidad usted quería confiarme, lo mismo que hubiera hecho con cualquier otra niña, es el anillo predestinado que yo esperaba de Gerardo Chanteraine, mi novio... ¡Yo sé!... Pero para qué, puesto que esta claridad de un segundo no hace más que poner más espesas e impenetrables las tinieblas en que estoy envuelta ¿Para qué? ¿Y qué es lo que prueba todo esto?

Muy afectuosamente, con el vivo deseo de sacarla de ese abatimiento, Pedro insinuó:

-Eso prueba que probablemente Gerardo de Chanteraine ha sido salvado, porque, si hubiera muerto con sus desgraciados padres, ¿cómo es posible que el anillo se encontrara intacto en las manos del hombre que se lo vendió a mi padre?

Claudia pareció no haber oído. Se levantó y fijó un momento su vaga mirada que parecía no ver, en la puerta de hierro tan herméticamente cerrada.

-El Duque de Chanteraine me ha mostrado muchas veces el dibujo de esta puerta, que él hizo hacer en el extranjero, lo mismo que el maderamen que la cubre, y las diferentes piezas del ingenioso mecanismo que acabamos de ver.

Se abre por medio de dos llaves, una de oro que la tengo yo, y la otra de plata que debía traerme Gerardo.

-Ve usted, es allí donde está escondida la primera cerradura -agregó ella.

Y en efecto, la llavecita de oro que Claudia tenía en la mano, entró en una cerradura casi invisible oculta en medio de los adornos va-

riados que formaban un elegante arabesco; en seguida, a una presión de la joven, el pesado rectángulo de hierro bamboleó, y por la parte alta se desprendió un poco de su cavidad.

«Esta placa -siguió diciendo la señorita de Chanteraine, -debe volcarse como un puente levadizo, y poner a descubierto los cofres que, guardan la fortuna acumulada por mi abuelo; pero estas riquezas serán respetadas y no verán la luz hasta que un Duque de Chanteraine venga a este castillo, trayendo la llave de plata».

Claudia había hablado tristemente con la misma voz lenta, apenas modulada. Volvió a callar; después, bruscamente, se volvió hacia Pedro. Sus ojos, agrandados, expresaron una súplica apasionada.

-¿No volverá, no es cierto? -exclamó ella.- ¿No cree usted que pueda volver?

Esas angustiosas palabras brotaron a su pesar de lo más íntimo de su ser.

Ahora ella temía esa vuelta tan deseada en otro tiempo.

Una loca alegría, casi dolorosa por su intensidad, oprimió el corazón de Pedro.

-No, no creo que vuelva, no lo creo -dijo él en voz baja.

Presa de una emoción febril, contra la que su voluntad luchaba en vano, la señorita de Chanteraine parecía sostenerse a duras penas.

- ¡Oh! no sé por qué -dijo ella, algo confundida, pasando por su frente su pálida mano,- no sé por qué, tengo miedo... tengo miedo...

¿Qué sería ese hombre a quien no conozco y que vendría a buscarme como dueño? Y también... sí... si alguno viniera... que no fuera él, si... ¿Qué creer? Dios mío, siento que me vuelvo loca cuando pienso en todas esas cosas misteriosas, incomprensibles para mí.

Iba, a desvanecerse, se cerraron sus ojos.

Con un ademán instintivo, Pedro la rodeó con su brazo y la retuvo hacia él.

-Pero no volverá -repitió él suavemente,- no vendrá... procure desechas esas ideas tristes...

Y un gran deseo se apoderó de él de agregar estas palabras: «Olvide ese fantasma de sus sueños... y déjeme ser su guía, el protector que su debilidad necesita en la vida, en la vida real».

¡Oh! cuántas cosas hubiera deseado decir a su amada, mientras la tenía así abatida, cerca de su corazón: «Mi origen es muy humilde, pero en este mundo nuevo que vosotros no conocéis todavía, el porvenir, tal vez un porvenir de gloria, me sea dado alcanzar, y su familia tendrá en mí un sostén poderoso... ¿Qué es en nuestros días un título? ¿No tenemos también nosotros los hombres de ahora y de mañana, nuestro título de nobleza, que tiene su origen, como el otro se jactaba de poseerlo, en el valor personal de los servicios prestados a la patria?... Usted apenas me conoce; pero desde el primer momento la he amado, le he pertenecido... Y usted me amaría también, sí, me amaría, lo presiento, si se abandonara a la inclinación de su corazón, porque hay uniones escritas de antemano y seres que se unen a la primera mirada... ¡Si algún sentimiento nuevo no se hubiera revelado a vuestra alma, porque hubiera, tenido miedo del novio ideal que hasta ayer llamaba en sueños! ¡No permita que una preocupación nos separe! Un juramento arrancado a su ignorancia de niña, no podría comprometer su vida de mujer. Y dejaremos dormir un eterno sueño al tesoro de los Duques de Chanteraine... ¡Para mí el único tesoro es usted!

El coronel Fargeot hubiera pronunciado quizá estas locas palabras; pero, casi al instante, los ojos de Claudia se abrieron, de nuevo sorprendidos, atemorizada. Con aire fatigado y con un gesto de agradecimiento, y como de protesta prematura,... a una reacción de sus fuerzas o valor, la joven se irguió, desechando con dulzura el apoyo, al cual, casi inconscientemente, se había abandonado por algunos instantes.

Entonces, por una asociación de ideas bastante confusas, una especie de sueño se operó en Pedro. En ese momento recordó el delirio del maestro de escuela, recordó que había una falta, un crimen tal vez, en la vida de su padre muy querido.

Si Antonio Fargeot hubiera sido culpable de una mala acción, deshonrosa, ¿cómo decir a Claudia?: «Llevo un nombre sin mancha; sólo una preocupación nos separa»...

Y repentinamente tuvo la necesidad de recordar que el anillo de oro había desaparecido para los Chanteraine once años antes de Revolución Francesa, a fin de escapar a la espantosa idea de creer que este fuera el horroroso trofeo de un destrozo...

Pero, ¡ay! ¿quién probaría a Pedro que ninguna relación siniestra había existido entre la historia misteriosa de esta joya que había pertenecido a un Chanteraine y la falta inconfesa de Antonio Fargeot?... ¿Qué nombre, qué nombre revelador, había buscado en vano en su agonía el maestro de escuela? Tal vez el de una víctima... Y si fuera...

Por espacio de un segundo, esta idea atroz se apoderó tan completamente del joven, que toda su sangre se agolpó en el corazón.

Pero se dominó, y la apacible figura de Antonio Fargeot, el mejor, el más noble de los hombres, reapareció en su recuerdo, purificada de la sospecha... Antonio Fargeot no podía conocer la tortura del remordimiento sino por la fiebre y el delirio que habían alterado su cerebro.

Sin embargo, el encanto estaba roto, y el hijo del maestro de escuela se encontraba ridículo en sus absurdas pretensiones. ¡La señorita de Chanteraine casarse con el coronel Fargeot! ¡Qué locura!

Con la mirada vaga y los labios muy pálidos, Claudia parecía salir de un sueño.

Conmovido al verla tan abatida, sufriendo de verse tan impotente para consolarla, Pedro la miraba con profunda compasión.

- ¡Qué débil y sin valor debo parecerle!- dijo.

Sonrió tristemente, después, levantando sus ojos, se encontró con la mirada ansiosa de Pedro, y súbitamente, un violento sonrojo coloró sus pálidas mejillas...

-¡Dios mío! -exclamó ella, - ¿qué debo creer de este anillo?... ¿qué puedo creer?... No sé... Me parece que he vivido muchos años en una sola noche... desde ese minuto en que, apenas despierta de un sueño que me hizo entrever un porvenir feliz y próximo, he creído...

Vaciló, después, mirando a Pedro con un no sé qué de extraño, de casi feroz en la mirada, ella agregó, como asustada de lo que decía:

-He creído ver en usted a Gerardo de Chanteraine... Si, he creído verlo... al punto de recibirlo con palabras... que seguramente le habrán parecido muy singulares. Y sin embargo, usted no me había dado todavía ese anillo, ese anillo que parece haberse escapado de la tumba Dígame, ¿qué es lo que debo creer? Está usted seguro de que...

Se detuvo bruscamente. Pedro sonrió con suprema tristeza.

-Me llamo Pedro Fargeot -dijo,- soy hijo de un maestro de escuela de aldea y de una obrera; no era seguramente Pedro Fargeot quien debía haberla despertado de ese sueño tan feliz...

La señorita de Chanteraine movió la cabeza, sin saber qué decir.

Hubo un silencio muy largo, muy pesado.

-Es preciso que parta -murmuró Pedro.

Lentamente, sin hablarse, volvieron a hacer por el castillo el mismo camino, por el que poco antes se habían sentido conducidos por una febril impaciencia.

Así, se encontraron de nuevo delante del retrato del duque de Chanteraine.

-Aquí está su anillo -dijo Claudia, alargando al joven el pequeño aro trabajado.

-Pero -dijo Pedro,- es a usted a quien pertenece.

-No puede pertenecerme -replicó con gravedad la señorita de Chanteraine, -sino habiéndolo recibido de Gerardo, mi novio... tómelo usted.

Pedro obedeció sin replicar.

Entonces los ojos azules de la Princesa Durmiente en el bosque se fijaron una vez más en el coronel Fargeot, cubriéndolo con una mirada dulce y bondadosa,.

-¡Adiós, señor! -dijo la joven,- deseo a usted felicidad y gloria. Nos hemos conocido por breves instantes, y seguramente no volveremos a vernos. Pero asimismo me parece que las pocas horas que hemos pasado juntos, han hecho de nosotros dos amigos. Es grato encontrarse en contacto con una alma recta, una conciencia altiva... Usted me ha

probado que eso se encuentra en todos los partidos. Yo sé que recordaré con gusto nuestro encuentro... y me alegraré mucho de que usted no lo olvide.

Ella calló.

Una punzante emoción hizo palidecer a Pedro Fargeot.

-No lo olvidaré jamás... -balbuceó- jamás... Adiós, señorita... Y a mi vez le deseo...

No pudo concluir.

-¡Gracias, coronel Fargeot, y que Dios lo guíe! -replicó Claudia, procurando serenar su alterada voz.

Pedro vaciló un breve instante, después, con ademán casi brusco, tomó la mano que caía, inconsciente, sobre el lindo vestido floreado y locamente, como si no pudiera evitarlo, posó sus labios.

Y huyó.

Sin detenerse una sola vez para mirar atrás, sin disminuir la marcha para, tomar aliento; atravesó las ruinas de Chanteraine, bajó la abrupta pendiente, y siguió hasta la gran ruta por el camino que contornea la colina.

Allí se detuvo y se pasó la mano por los ojos, como quien despierta de un sueño.

Una frase de Claudia resonaba, obstinadamente en sus oídos:- «He creído ver en usted a Gerardo de Chanteraine... »

Un instante, irresistiblemente atraído, su mirada quedó absorta en el raro anillo.

Pero bien pronto sacudió la cabeza.

- ¡Qué quimeras las que me ha imbuido en la cabeza esa pobre niña! -murmuró.- ¡Oh tía Manon, tía Manon, qué me irá a decir usted!

LA TIA MANON

Cuando Pedro, después de mil rodeos, hubo participado a la tía Manon la muerte de Antonio Fargeot, la pobre mujer lloró mucho. Y profundamente conmovido ante ese dolor de la vejez tan parecido en sus manifestaciones exteriores al de la infancia, el oficial usó de palabras tiernas y cariñosas, las que muchos años antes habían apaciguado sus llantos de niño... Después, contristada todavía por el golpe que acababa de recibir, la tía, Manon miró a Pedro, lo admiró, le hizo mil preguntas y lo rodeó de atenciones y cuidados. Se hubiera dicho que quería olvidar las tristezas presentes, para creerse en los tiempos en que relataba con tanta gracia la historia de la Bella del bosque.

Ahora que había llegado el momento oportuno, el oficial no se atrevía a interrogar. Su impaciencia de saber habíase trocado en una aprensión de lo que podía conocer, y resolvió no hablar hasta el día siguiente del secreto de Antonio Fargeot. Le pareció que debió concederse esa tregua que debía también a la tía Manon.

Cuando llegó la noche, los dos se sentaron en el jardincito salpicado de flores y legumbres que rodeaba la casa de la tía Manon.

El cielo estaba ligeramente estrellado después del día sofocante; era una hora inefablemente apacible, una de esas horas en que no se concibe que nada violento pueda haber sucedido sobre la tierra.

El encanto era tal, que Fargeot hubiera temido romperlo, pronunciando una palabra, cualquiera que fuera. Le parecía en ese momento que su vida había transcurrido allí, que todo acontecimiento que no estuviera comprendido entre los cercos de este pobre huerto, no podía provenir sino de un mundo quimérico de fantasía y de sueño.

No obstante, aun en esta hora de voluntario olvido, la imagen de una joven vestida de claro se diseñaba diáfana, casi aérea, en el jardín de la tía Manon.

Y Pedro comprendía que esa imagen no lo abandonaría, y que siempre se aparecería así, pura y melancólica, en las nubes doradas del sol poniente.

Pero de pronto, como si la atrayente suavidad del crepúsculo hubiera por alguna rara coincidencia sugerido a sus ochenta años una pregunta ansiosa, Manon Fargeot habló.

- ¡Oh, dime, hijo mío! ¿la muerte fue tranquila? En los últimos momentos que estuviste a su lado ¿recobró el conocimiento?

Era el eterno problema y la tía Manon, que a su vez pronunciaba angustiada esas palabras, no sabía que era el único ser que podía responder en este mundo, si su memoria tal vez dormida, quería despertar.

Pero Pedro comprendía que había llegado el momento decisivo, y bajo el bello cielo dorado que se oscurecía por momentos, evocó para la tía Manon los recuerdos de la última noche, de las últimas horas que pasó al lado de su padre moribundo.

-Tía Manon -dijo él con suavidad,- había hecho la resolución de no atormentarla hoy con esas cosas, pero mi espíritu obstinado no puede resistir a la tentación de preguntar a mí vez, ya que usted ha sido la primera... El último esfuerzo del que lloramos fue para recomendar-me que viniera a verla. Tenía mucha dificultad para coordinar sus recuerdos; toda fuerza, todo valor sobre todo, le faltó para ponerme al corriente de... no sé... de un misterio, de un secreto que quería que yo supiera y que parecía turbar dolorosamente su corazón, casi, se puede decir, su conciencia... Ese secreto, parece que usted lo sabe, tía Manon... He venido a preguntárselo.

Tía Manon palideció. Movi6 la cabeza:

-¿Para qué te voy a decir lo que yo sé? -dijo ella.- ¡Sé tan poco! Y lo poco que sé... te haría sufrir. ¿Para qué?

-Tía Manon -contestó el oficial,- la voluntad de un muerto es sagrada y debe ser respetada. ¿De quién se cuida usted? ¿De mí? ¡Dios mío! no ve usted que toda certeza me sería menos penosa que esta ansiedad. ¡Ah! ¡yo le exijo ese secreto!

-¿Este secreto? pero ¡ay! ¡hijo mío, es el de tu nacimiento!

No había concluido de pronunciar estas palabras, cuando ya Pedro había tomado convulsivamente las manos de la pobre anciana:

-El secreto de mi nacimiento, entonces no soy...

-Tú no eres hijo de Antonio Fargeot, ni de Remigia Aublet, su mujer, no, no, hijo mío, no -Suspiró Manon.

Pedro estaba lívido.

-Pero mi padre, el nombre de mi verdadero padre, ¿usted lo sabe?

Las manos de la desgraciada mujer temblaron fuertemente.

- ¡Oh, Dios mío! ese nombre-dijo ella,¿no te lo ha dicho?... No te lo dijo en el momento supremo... como un nombre cualquiera, comprendes, sin otra idea... ¡acuérdate bien!...

-¡Usted lo ha olvidado! -exclamó Pedro.

-Yo nunca lo he sabido...

- ¡Ah! comprendo, comprendo; ese era el nombre que buscaba en medio del delirio. Tía Manon -gritó el joven con desesperación,- tía Manon, hábleme. Usted no sabe el nombre de mi padre, pero sí, usted sabe...

-No sé casi nada, pobre hijo mío -siguió diciendo Manon.- Tu padre, quiero decir, Antonio Fargeot, ¡ay! me dio hace mucho tiempo una carta cerrada donde todo estaba escrito, y que yo debía entregarte algún día, después de su muerte. Esa precaución me hizo sonreír... ¿Cómo podía pensar que Antonio moriría antes que yo?... Después te fuiste al ejército, te hicieron oficial... La última vez que vi a mi sobrino, me pidió la carta y la quemó delante de mí... ¿Para qué perturbar a ese joven diciéndole la verdad? -me dijo.- Ha hecho el nombre Fargeot un buen nombre de soldado, ¡para qué revelarle otro!

-¿Y nada, nada le ha hecho sospechar cuál podría ser ese otro apellido?

-Nada; te lo juro por la venerada memoria de mi madre, ¡pobre hijo mío!...

EL NOMBRE

-Por mucho tiempo estuve en la creencia de que tú eras hijo de Antonio -siguió diciendo Manon Fargeot, después de un momento de silencio.- Había visto crecer a mi sobrino bajo la mirada de mi querido hermano y su digna compañera, muertos los dos tempranamente. Quería mucho a mi sobrino, y él correspondía a mi afecto, lo sé; pero los viajes son difíciles para los pobres... Hacía mucho tiempo que no recibía su visita, cuando vino a participarme su casamiento con una obrera de París, una joven llamada Remigia Aublet. Era en 1775. En esa época pasó algunos días conmigo, y en un momento de expansión, en que nos ocupábamos de sus padres, de nuestros comunes recuerdos, me contó las penas de su vida...

-Pobre padre -dijo el oficial, dominado por el pasado.- Después me habló de sus trabajos, de sus esperanzas de joven... ¿Qué lo faltó para alcanzar el éxito? Un poco de su energía, algo más de confianza en sí mismo...

-Un poco más de felicidad, sobre todo -siguió diciendo la tía Manon.- Después podré decirte con más detalles, tal como me fue contada, la triste historia de su tierno y buen corazón. Antes de su casamiento, Antonio Fargeot se enamoró de una linda niña de quien todo lo separaba, nacimiento y fortuna. Un día llevó su locura hasta confesar a la niña el amor de que era objeto, y su humilde confesión desesperada fue sorprendida... Entonces, el padre de la joven, para vengarse de lo que consideró un ultraje, tuvo un pensamiento odioso; llamó a sus lacayos y lo hizo echar a la calle e insultar por ellos, delante de la niña, al pobre maestro de literatura que...

Un grito exasperado de horror interrumpió la frase.

- ¡Oh, desgraciado, desgraciado!

Una llama, brillaba en los ojos de Fargeot, sus puños se crisparon...

- ¡Oh! sí, muy desgraciado -afirmó la buena mujer.- El pensamiento de conquistar, a despecho del amor ¡ay! la estimación, la admi-

ración de esa joven, era lo único que lo había sostenido en sus esfuerzos para alcanzar el éxito. Despedido de la casa donde había agotado sus esfuerzos para cumplir con su tarea diaria, se sentía sin fuerzas para continuar la obra emprendida; renunció a sus trabajos no pretendiendo más que ganar su triste vida dando lecciones. Creía haber renunciado al matrimonio, pero tenía sed de cariño, al menos para olvidar. Una casualidad le hizo conocer a Remigia Aublet. Era honesta, pobre y sola, como él; se casó con ella. Este casamiento tuvo lugar poco tiempo después de la permanencia de mi sobrino en Roy-le-Moret.

Tres años después, en 1778, Antonio te trajo aquí. Remigia había muerto algunos meses antes... Fue así como me fuiste confiado.

Ya eras un lindo muchacho, fuerte, robusto; ibas a tener diez años, cuando Antonio vino a buscarte. Entonces, después de hacerme jurar ante un crucifijo que no revelaría jamás a nadie lo que iba a decirme, me confesó que tú no eras su hijo, me habló de ti, el niño extraño a quien tanto quería. La confesión que me hizo, pues fue una verdadera confesión, se encontraba consignada en la carta que yo tenía para ti y que contenía también, creo, con el nombre de tu padre y el tuyo, detalles importantes de tu familia. Esa carta, ya lo sabes, Antonio, me la pidió, habiendo resuelto que siempre ignorases la verdad. Es probable que en la hora de la muerte el desgraciado haya comprendido que no tenía él derecho de llevarse a la tumba el secreto que sólo yo conocía y que había jurado no revelar jamás.

-Puesto que es así, dígame lo que sabe, todo lo que sabe, tía Manon -suplicó Pedro.

-¿Qué le revele a usted todo lo que sé? -dijo la tía Manon, sirviéndose, por primera vez, al dirigirse a Pedro, de ese ceremonioso pronombre, como si por primera vez se hubiera dado cuenta del abismo que el secreto, cuya mitad había revelado, creciera entre su pobre corazón maternal y el niño que ella había educado. -¡Ay! qué importa lo que yo puedo saber, puesto que ignoro lo único que en este momento interesa: el nombre de tus padres... Y probablemente vas a odiar la memoria de Antonio Fargeot, que te ha querido tanto, y también me odiarás a mí como la cómplice de ese falso padre, yo que, conociendo

una parte de la verdad, he mantenido mi juramento de no decirla a nadie.

El rostro de Manon Fargeot expresaba a un tiempo una tristeza tan profunda y un cariño tan verdadero, que Pedro, conmovido, olvidó su propia ansiedad y la dolorosa impaciencia que le causaban las reticencias de la pobre mujer, para no pensar sino en la angustia de ese corazón que había sido tan bueno para él.

- ¡Oh! querida tía Manon, no tema nada -dijo él,- yo la quiero a pesar de todo lo que pueda usted decirme; usted es y será para mí siempre la tía Manon.

- ¡Ah! mi grande, mi lindo soldado, mi hijo querido, eres el mejor de los hombres! -dijo llorando la pobre anciana.

Pedro la dejó que se calmara; después dulcemente se puso a interrogarla, esperando algún indicio decisivo.

- ¡Ay! -suspiró Manon,- el relato que voy a hacerte no puede darte ninguna luz sobre tu pasado, ninguno más que...

Un recuerdo la asaltó de pronto; tanto por escrúpulo como por ganar tiempo antes de la penosa confesión, y agregó:

-Más que el cofre que Antonio Fargeot me confió entonces y que aún tengo en mi poder.

-Un cofre, pero ¿qué es lo que contiene?

-Casi nada... alhajas insignificantes... nada que lleve un nombre, un signo o armas... porque tu padre tenía un título, bajo el antiguo régimen, yo lo sé.

- ¡Oh! usted me hará volver loco -exclamó el pobre Pedro.- Muéstreme ese cofre, por favor.

La tía Manon se levantó en seguida y entró en la casa, donde el joven la siguió. Allí, habiendo encendido su lamparita, sacó de un armario antiguo un cofre de esmalte... y Pedro, arrebatado, creyó ver el que, días antes, la señorita de Chanteraine había abierto delante de él.

-Mira -dijo la anciana, sin fijarse en que el oficial, abatido por la emoción, no hacía más preguntas,- estos objetos te pertenecen. Cuando Antonio Fargeot te adoptó por hijo, llevabas en el cuello esta cadena de oro con esta linda medalla de San Miguel. Había también un anillo, un

anillito de señora, pero Antonio no me lo dio, era como un talismán que él guardaba. Y también, mira, una llave de plata cincelada. ¡Ah! ¿por qué no está escrito tu nombre en estas joyas

Pero el nombre que el maestro de escuela no pudo proferir en los extravíos de la agonía, el nombre que Manon Fargeot buscaba en vano, el nombre misterioso flameaba ya sobre el cofre de las reliquias, sobre la cadena de oro, sobre la llave de plata, a los ojos extasiados del hombre que amaba a Claudia de Chanteraine.

EL SUEÑO DE CLAUDIA

Nada llena tanto la vida sin objeto, no aclara tan luminosamente la vida más triste, no endulza tan deliciosamente la vida más ruda, que una esperanza querida que se lleva consigo en el fondo del corazón, comparable a esas delicadas esencias de Oriente, de las cuales algunas gotas cuidadosamente encerradas en el engarce de un anillo bastan para perfumar todo lo que tocan.

Ese talismán, Claudia lo había poseído y acababa de perderlo. Ya no contaba con la vuelta milagrosa de Gerardo de Chanteraine. Y sobre todo, aunque hubiera podido ver a su novio tanto tiempo esperado, no sería sino para sentirse más triste y desconcertada.

No era, sin embargo, que su imaginación hubiese roto por completo con las cosas que las gentes sensatas juzgan imposibles. Cuando se encontraba sola, como en ese momento, cuando del fondo del saloncito de la lámpara rosada no oía otro ruido que el sonido lejano y melancólico de las romanzas que tocaba la señorita de Plouvarais, ella se embriagaba todavía, como los niños en sus juegos, de ilusiones voluntarias, y procuraba creer todavía en la realidad presente de las cosas que ya no eran ni podrían nunca ser. Jugaba a la Bella durmiendo en el bosque, jugaba a la felicidad.

Para esto le bastaba cerrar un momento los ojos. Casi instantáneamente parecíale que pasos apagados andaban en la galería, que la puerta era abierta por una mano prudente... que los pasos se aproximaban más y más... Después, poco a poco, como una ráfaga suave que hubiera inundado su corazón, llegaba la sensación muy dulce de una presencia querida que hacía latir demasiado aceleradamente su corazón, pero que no la atemorizaba, con una mirada que traspasaba sus párpados cerrados...

Y por un instante, un corto instante, era feliz.

Jamás la ilusión querida había dejado de acudir al llamamiento de Claudia. Esa noche vino tan completa, que la joven creyó que a fuerza de latir, esta vez, su corazón se rompería.

Eran sus pasos los, que oía, era la puerta abierta con suavidad, era la presencia adivinada, todavía lejana, después próxima, después...

Después la señorita de Chanteraine sintió que dos manos abrasadoras aprisionaban las suyas, y oyó una voz que le decía: «Claudia, amada mía, mi novia...»

Entonces ella abrió los ojos, pero no fue la preciosa frase de la princesa la que vino a sus labios; fue un nombre, fue un grito que vino del corazón a la boca, aun sin quererlo, desesperadamente:

- ¡Pedro!

- ¡Oh, gracias, gracias! -repetía la voz.

Pedro Fargeot estaba de rodillas y oprimía entre sus morenas y rudas manos de soldado las manos pequeñas y finas que se sentían débiles bajo aquella presión...

-Es preciso que usted se vaya, señor Fargeot; es preciso, -imploró la joven.

Pero él reía, feliz, conmovido.

-Claudia -murmuró,- yo la amo, la amo apasionadamente... Cuando, por primera vez, usted despertó bajo mi mirada, cuando en sus ojos, apenas, entreabiertos, su sueño sonreía todavía al novio que ha esperado toda su juventud, si yo le hubiera puesto en el dedo el anillo prometido, si le hubiera dicho. « ¡Yo soy Gerardo de Chanteraine, su novio!» ¿Usted me hubiera huido?... ¿me habría respondido: usted no es el que yo esperaba? ¡Oh! Hábleme sinceramente...

Claudia movió los labios vagamente, pero no pudo emitir ni una sola palabra. Estaba muy pálida, todo su cuerpo temblaba.

Suavemente, el joven levantó hasta sus labios la mano de la señorita de Chanteraine, la besó; después, en el anular de la mano izquierda, puso el anillo cincelado que Claudia le había devuelto a su partida.

-Usted dijo que este anillo le pertenecía solamente cuando viniera de manos de Gerardo de Chanteraine. ¿Quiere usted aceptarlo de mí?

- ¡Oh! ¿por qué preguntarme eso? -balbució la joven,- ¿por qué?

-¡Por qué!

El lanzó esa palabra como un grito de triunfo. Entonces los ojos de Claudia encontraron la mirada tierna y luminosa que los bus-

caba, y pronto leyeron en esa mirada, como en un libro abierto, una respuesta tan maravillosa, que a su vez se aclararon, haciendo resplandecer el rostro pálido cubierto de lágrimas...

-Gerardo...-murmuró la joven vacilando, como no pudiendo pronunciar en realidad el nombre que tantas veces dijera en sueños...

El hombre a quien por primera vez se dirigía así, no había abandonado las dos manos que tenía entre las suyas; apoyó en ellas su frente, sus mejillas, las besó con precauciones tiernas, como si ahora temiera marchitarlas estrechándolas demasiado, y dijo:

-Sí, soy yo, Gerardo, soy yo. ¡Claudia, prima mía, mi prometida, no soñamos uno ni otro, tengo la prueba de ello! Nuestra unión es tan deseada, que el Cielo ha hecho un milagro para acercarnos.

Claudia no pidió que se le explicara el milagro; creía en él de todo corazón, y esto bastaba a su razón.

Estaba aturdida por lo instantáneo de su felicidad, pero estaba apenas sorprendida de saber que el príncipe Encantador entrevisto en sueños era Gerardo de Chanteraine, aquel novio que el abuelo le había destinado y que debía reaparecer.

-Yo había adivinado... había adivinado... algo me había dicho que era usted...-repetía ella como soñando.

Y sus ojos centelleaban y sus labios sonreían y toda su alma estaba en aquella mirada y en aquella sonrisa.

Cuando Pedro, sentado a su lado, le hubo mostrado el cofre de esmalte igual al suyo, la cadena de Gerardo, la llave cincelada, una curiosidad la asaltó: conocer los detalles de la maravillosa odisea después de la cual el coronel Fargeot se encontraba de nuevo arrodillado, metamorfoseado en Duque de Chateraine, o saber cómo había podido suceder que Gerardo de Chanteraine, el hombre a quien ella quería, que había querido desde que lo vio, se le apareciera la primera vez bajo el nombre de Pedro Fargeot.

Pedro o Gerardo tenía mucho que decir.

Empezó su relato hablando a la joven de la muerte de Antonio Fargeot, y de las palabras enigmáticas, inquietantes, que el desgraciado había pronunciado en la hora suprema. Después contó la historia del

pasado, tal cual la sabía ahora, tal cual se la había dicho tía Manon después del descubrimiento del cofre de esmalte, cuando hubo completado las vagas revelaciones que antes fue preciso ir arrancándole una por una. Contó la triste historia de Antonio Fargeot. Dijo cómo, encontrándose solo en la vida, por la muerte de Remigia y embargado siempre por el recuerdo de la que nunca dejó de amar, aun entonces que buscaba el olvido en un nuevo afecto, el maestro de poesía de la señorita de Champierre erraba frecuentemente, durante la noche por los alrededores de la casa en que vivía Irene, esposa feliz, dichosa madre. El narró cómo, en la noche de horror en que la casa Chanteraine-Champierre fue presa de las llamas, Antonio, que llegó al lugar del siniestro, justamente para saber la muerte de la joven Marquesa y de su marido, había, contra toda esperanza, salvado al niño y recibido de la nodriza, que huía enloquecida, el precioso cofre del abuelo.

-Es de allí entonces -interrumpió la señorita de Chanteraine,- de donde venía el extraño sueño que turbaba sus noches cuando niño y de que nos habló la primera vez que lo vimos.

-Era, ya ve usted, más que un sueño: era un recuerdo -dijo el oficial.

En seguida, continuó su relato:

-Después del terrible camino que debió hacer entre las llamas y del que salió victorioso, una gran emoción esperaba todavía a Antonio Fargeot.

Al inclinarse sobre el huérfano que había salvado y que se asía fuertemente a él, mudo, sin una lágrima, el desgraciado creyó encontrar unos ojos ya conocidos... los de aquella Irene de Champierre que para el mundo acababa de morir, pero, que él lloraba desde hacía mucho tiempo. Un parecido inmenso...

-Es verdad -murmuró Claudia,- usted tiene los mismos ojos de su madre, tiene también su sonrisa. Al momento noté esa semejanza...

-Esa semejanza, que no es ilusoria, puesto que usted también la ha observado - continuó Pedro- ese Parecido provocó en Antonio Fargeot una especie de contento. El pobre hombre rompió a llorar y le faltó el valor para separarse del huérfano, de aquel hijo de Irene que

todavía no conocía las distancias sociales, que no despreciaba todavía al pobre olvidado, y que besaba tiernamente con su inocente boca al hombre que había sido despedido por los lacayos de su abuelo. Nadie, en la muchedumbre espantada, se había fijado en el salvador desconocido que llevaba al niño lejos de las llamas.

El heredero de Chanteraine no tenía ahora padre ni madre, se le creía muerto... Antonio resolvió tenerlo consigo, y educarlo como a un hijo... Así, él lo dotaría de todo el saber que había acumulado en el transcurso de su dolorosa juventud, lo pondría al abrigo de los preceptos de raza, inspiraría a aquel corazón virgen los instintos del ser que la corrupción social no ha tocado todavía; después, cuando hubiera hecho de ese hijo de noble un hombre libre, consciente y respetuoso de la dignidad humana, lo devolvería al conde de Champierre. Ese sería el desquite del pobre filósofo, la venganza del enamorado burlado. Usted ya conoce -continuó el oficial,- el final de esa rara historia... La Revolución trastornó el orden social... Yo quedé siendo Pedro Fargeot, y lo sería todavía a pesar del supremo remordimiento del pobre Antonio, si no la hubiera conocido a usted, ¡ángel mío!... Verdaderamente que al morir el que me educó, ¡oh! tan tiernamente, Clandia, con tanta generosidad, presintió también algo del porvenir, cuando me dijo: «Me perdonarás probablemente cuando hayas amado». Usted como yo le perdonará, ¿no es cierto, mi querida Claudia?

-Si usted lo quiere -contestó la señorita de Chanteraine.- ¡Me parece que yo no sé odiar! Y sin embargo, mi abuelo ha llorado amargamente la muerte de su nieto, y si ese hombre no lo hubiera robado a su familia, usted no sería...

-¿Quién sabe lo que sería?... ¿Se avergüenza usted de lo que soy?

-¡Avergonzarme de usted!... ¡Oh, Pedro!

-¿Todavía me dice Pedro?

Claudia sonrió y dijo en voz baja:

-Creo que para mí siempre será Pedro...

-Y sin embargo, si hubiera seguido siendo Pedro para todos, si no hubiera tenido el derecho que... que sólo el título, querida mía, puede darme; y aun sabiéndome digno de merecerla, puesto que la he con-

quistado por mí mismo, si no hubiera sido más que un pobre oficial del ejército italiano, usted jamás hubiera sido mi novia ni mi mujer. Y si Gerardo, otro Gerardo hubiera venido...

La señorita de Chanteraine lo miró como reprochándolo.

-Usted me dijo desde nuestra primer entrevista, que Bonaparte no era enemigo de la religión, y que por él las iglesias serían reabiertas a las almas piadosas. No me creería usted si le juro que me ha venido esta idea: ¿los claustros también nos serán devueltos?

...Porque, si yo siguiera siendo la novia fiel de Gerardo de Chanteraine, sería no obstante, ¡oh! amigo mío, esté seguro, sería a Pedro Fargeot a quien hubiera dado mi alma... ¡Y no hubiera podido rescatarla si no para ofrecerlo, a Díos!...

LA LLAVE DE PLATA

Fue preciso recordar que Claudia no era la única sobreviviente de la familia de Chanteraine, ni la única habitante del castillo.

Dos días antes, cansada de oír censurar y explicar vagamente la partida precipitada y poco cortés de Pedro, cansada de callar un pensamiento que no le había dejado reposo desde que vio el anillo del viejo Duque de Chanteraine en manos del coronel Fargeot, la joven se había decidido a tomar un partido que le costaba mucho. Habló a su tía de cosas que había callado tanto tiempo para obedecer al abuelo, y de los acontecimientos recientes que habían turbado su vida y le parecían demasiado maravillosos para que no viera en ello la manifestación de una voluntad providencial.

La tía de Chanteraine y los primos de Plouvarais no estuvieron lejos de pensar que, atacada de locura, Claudia les hacía oír el más extravagante cuento de hadas; pero la joven les había revelado el secreto de la caja de hierro por medio de dos divisas, habiendo, por decirlo así, palpado el misterio del que se preparaban a reír; los incrédulos se vieron en la necesidad de confesar que el cuento ofrecía, por lo menos, las apariencias de una verdadera historia.

Claudia esperaba decidir a su tía a ponerse bajo la protección de las nuevas autoridades, para reaparecer en el mundo de los vivos y obtener inmediatamente que se hicieran pesquisas -hubiérase visto muy apesadumbrada de decir cuáles,- sobre el origen de Pedro Fargeot, que tenía los ojos tan singularmente parecidos a los de la Marquesa Irene de Chanteraine.

Pero aunque muy sorprendida y verdaderamente intrigada, la señorita Carlota declaró que de ningún modo quería creer en hechos tan poco verosímiles. ¡Ah! si ese republicano hubiera traído, junto con el anillo, la cadena de Gerardo y la segunda llave de la caja de hierro, así tal vez hubiera habido que mirar las cosas con más seriedad; pero, después de todo, el anillo podía haber sido comprado por el padre de

Pedro en casa de algún coleccionista. Conclusión: ¡Claudia tenía la misma imaginación de su abuelo!

En cuanto al señor de Plouvarais, se contentó con opinar que con un tema semejante la imaginación más serena hubiera encontrado, esta vez, pretexto para adornarlo.

Y Fridolin movió la cabeza, sin decir una, palabra,.

Las cosas habían quedado allí.

-Como la primera vez, iré a anunciaros, señor Fargeot -dijo Claudia sonriendo.

Pero le asaltó entonces cierta inquietud sobre el recibimiento que le harían a ese primo cuya resurrección le parecía a ella tan natural.

-Es indispensable -agregó pensativa,- que cuando yo muestre a mi tía los objetos que nos han revelado su verdadera personalidad, me vea obligada, a afirmar la identidad de esos objetos invocando en apoyo de mis palabras el resultado comprobante de un experimento decisivo. Es preciso, en una palabra, que nadie pueda negar un instante que la llave de plata traída por usted es la que, según la voluntad del Duque de Chanteraine, abriría la caja de hierro.

-Tiene usted razón -respondió Pedro.

A la pálida luz de la linterna que se encendía todas las noches para subir de la casa subterránea a los pisos principales, Claudia y Pedro empezaron a atravesar el oscuro castillo, el trayecto que ya una vez los había conducido frente al enigma, permaneciendo entonces impenetrable el secreto.

¡Con qué angustia, con qué terror confuso de sus destinos, recorrieron aquellos desiertos corredores!

Y ahora una esperanza, una felicidad inverosímil habíalo aclarado todo para ellos y en su derredor. Ahora tenían el derecho de amarse; ahora Pedro podía pensar, mientras sostenía a la joven, mientras le tomaba la mano para guiarla, que esta marcha hacia un fin próximo y definido no era sino el preludio y el símbolo de otra marcha más larga e incierta que duraría hasta la muerte y que la haría con Claudia, protegiéndola con sus fuerzas, rodeándola con su amor, procurando quitar

todo obstáculo y todo peligro en el paso de este ser delicado y suave que iba a darle su vida...

De pronto, antes, que hubieran llegado a la torrecilla, Pedro y Claudia se estremecieron, arrancados bruscamente de su feliz ensueño...

Una puerta se había abierto a pocos pasos de ellos, y en el umbral de un cuarto iluminado, el viejo Quintín acababa de aparecer con una lámpara en la mano...

Era indudable que, a la primera mirada, el antiguo servidor del Duque de Chanteraine había visto y reconocido al oficial recibido unos días antes por la señorita Carlota.

¿Qué pensaría Quintín?... ¿Qué haría?... ¿Ventilar una situación ya delicada y peligrosa propalando entre los habitantes del castillo la presencia del extranjero, del intruso? ¿Adelantar importunamente el momento de las explicaciones, de las revelaciones decisivas, de las que Claudia había deseado ser la intermediaria?... ¿Perderlo todo, probablemente, despertando así contra Pedro la susceptibilidad desconfiada de la señorita de Chanteraine?... Era necesario obtener de Quintín la promesa de callar hasta nueva orden el secreto que había sorprendido, era necesario hacer un aliado del anciano, demostrándole la razón de ser y la importancia de esa prórroga... Era Claudia quien debía hablar, pero las palabras se helaban en sus labios. Quintín se había aproximado, tranquilo, respetuoso.

-Dígnese usted permitir que su fiel servidor le alumbre el camino -dijo con voz grave.

Y sin esperar la respuesta, sin informarse de la dirección que debía seguir, pasó a los jóvenes y caminó delante de ellos, notándose su palidez a la luz de la lámpara que su mano temblorosa levantaba a la altura de su cabellera blanca.

En la puerta de la torrecilla se detuvo, tomó con suavidad la linterna de manos de Pedro, y siempre sin hablar, dio al joven el farol más poderoso, que él había traído hasta allí.

-Gracias -contestó simplemente el oficial.

No fue pronunciada ninguna otra palabra, y ya Quintín había desaparecido como una sombra.

-Parece que hubiera comprendido, adivinado... ¡Qué raro!
-murmuró Claudia.

-Lo suplico, amigo mío, que usted me reemplace en la empresa -dijo la joven.- Usted conoce ahora tanto como yo el secreto que mi... que nuestro abuelo nos ha legado. Y es para mí un gran consuelo confiarme en usted para todo, en este mismo sitio en que la vida me aterraba, y donde hoy me siento feliz y tranquila al lado suyo.

Tranquila, lo estaba en efecto; no solamente porque su sueño dorado se hacía una realidad, sino también porque había vuelto inconscientemente a encontrar la fe en una fatalidad bienhechora y providencial. Le parecía que ahora no tenía más que dejarse conducir por esa voluntad superior y todopoderosa de que Pedro se hacía a sus ojos la encarnación terrestre, el representante infalible.

No obstante, cuando al llamamiento de las dos divisas, el maderamen se separó, cuando la primera cerradura se movió dejando caer alguna pulgadas la pesada puerta de metal, Claudia empezó a temblar.

Si Pedro se hubiera engañado, o mejor dicho, si hubiera sido engañado, si la llave de plata...

Un frío intenso corrió por todo su cuerpo; instintivamente cerró los ojos para no ver lo que iba a suceder.

Pero, en seguida, sintió un ligero rechinar metálico, después un ruido sordo, miró...

La caja de hierro había concluido de abrirse.

Entonces, ni a Claudia ni a Pedro se les ocurrió investigar los grandes cofres de oro y plata que aparecían en la profundidad del muro, reavivados sus reflejos a la claridad de la lámpara. La joven tendió sus manos a Pedro, que las tomó entre las suyas, y los dos sonrieron, con los dedos entrelazados, los ojos llenos de lágrimas...

Las puertas de hierro y el maderamen volvieron a cerrarse sin que Claudia y Gerardo de Chantaraine hubieran podido darse cuenta del valor de la fortuna que el viejo Duque había celosamente acumulado y ocultado para ellos. ¿Qué les importaba? Si sus corazones, en un arran-

que de reconocimiento, dedicaron en ese momento un recuerdo al abuelo, fue solamente porque ese gran previsor de quien tanto se habían reído, los había destinado en el pasado; fue porque ese anciano quimérico, que creía en las leyendas, se había revelado contra la triste evidencia de las cosas positivas, a fin de guardar a Claudia para Gerardo, para negar que la muerte podía separar a los que el amor debía unir.

Después Pedro se encontró solo en el saloncito de la Bella del bosque.

Claudia le había dicho: «¡Tenga paciencia; pronto volveré a buscarlo! »

A su vez él se sentía desesperado de temor e inquietud. Hacía poco caso de la fortuna; y el nombre de Fargeot, tal cual lo había llevado, tal cual lo llevaba, le parecía, a decir verdad, que valía tanto como el de Chanteraine. Creía firmemente que es más honor para un hombre merecer la estimación y la consideración de sus semejantes por sus actos personales y su propio carácter, que tenerlos por un nombre y un título ilustrado por los hechos lejanos de sus antepasados.

Pero sólo el nombre de Chanteraine permitía al joven oficial casarse con Claudia... Lo que se decidía en el salón del armonium o bajo la mirada de los antiguos retratos, era el porvenir de ese amor apasionado que había hecho su presa de Pedro.

Y el joven se decía dolorosamente que no le era permitido esperar de la señorita Carlota y de los primos de Plouvarais la adorable confianza que había inspirado a Claudia.

En esta familia, hostil por nacimiento y por convicción a las ideas que él había respetado y defendido, en ese medio estrecho, donde, lejos de ser considerados como serias garantías de honor y lealtad, el carácter de su personalidad, su grado, la historia de su vida, no podían sino hablar en su contra, ¿se le creería quizá un impostor?

Las prendas que él había traído a la señorita de Chanteraine, eran indudablemente las que el viejo Duque confiara a su nuera, pero ¿cómo probar que Antonio Fargeot había salvado al heredero de los Chanteraine? ¿cómo probar que Pedro, el niño educado por el maestro de escuela, era el huérfano que Antonio Fargeot había salvado?

La ausencia de la señorita de Chanteraine parecía larguísima y la ansiedad del joven se exaltaba en esta espera impotente.

En fin, Claudia entró y tomando de la mano al que, a despecho de toda opinión contraria, ella estaba decidida a considerar como su primo, lo llevó a la sala de los retratos, donde la señorita Carlota de Chanteraine, el señor y la señorita de Plouvarais y el fiel Fridolin, estaban reunidos

EL DUQUE DE CHANTERAINE

Era evidente que un acontecimiento importante acababa de cambiar las costumbres de todo ese pequeño mundo apacible y rutinario del castillo.

Como en el primero y memorable encuentro, la señorita Carlota se dignó dar dos pasos hacia Pedro y llevó su amabilidad hasta tenderle una mano que él se permitió besar, lo que no desagradó.

-Buenos días, señor Fargeot -empezó diciendo ella;- mi sobrina Claudia, que siempre tiene la cabeza llena de fantasías, me dice que usted es mi sobrino, y todo es posible, bien lo sé, en el tiempo en que vivimos. Pero usted no se asombrará de encontrarme todavía algo aturrida por el relato que acabo de oír. ¡La verdad es que nunca he oído decir nada más extravagante!

-No puedo extrañarme, señora -contestó el joven sonriendo tristemente,- ni de su sorpresa ni de su incertidumbre... Y yo mismo no sabría qué pensar, si los hechos que me han sido revelados recientemente por la digna mujer que me ha criado no los hubiera confirmado, con rara precisión, con los que yo conocía por el relato hecho por la señorita de Chanteraine, o por usted.. .

-Yo confieso, señor -replicó complacientemente la señorita Carlota,- que hay presunciones bastante serias para creer que usted sea en efecto Gerardo de Chanteraine, pero usted no me negará que no las hay menos para creer que no lo sea... Así ¿cómo creer que un Chanteraine hubiera podido combatir contra el Rey, sin que todo su ser se sublevara?

-Yo no he combatido contra el Rey, señora contestó suavemente Pedro; - he combatido por la Francia a la que he servido fielmente, desde que tuve edad de hacerlo, imitando en eso, si no me equivoco, a todos los Chanteraine del pasado.

-Usted la ha servido en el ejército de la República. ¿No había, señor, otro ejército en que hubiera podido servirla? -dijo la señorita Car-

lota con solemne severidad, que la hacía tan cómica, que hubiera sido difícil no sonreír en cualquier otro momento.

Pero Pedro no estaba de humor para reír. Con las palabras de la solterona, una ola de sangre le subió al rostro.

-¡El ejército de los príncipes! -exclamó- y bien, ¡no, no señora, no! Independientemente de toda cuestión política, adoro mi país. Si hubiera sido realista, si hubiera sido emigrado, si me hubiera incorporado al ejército de allá... ¡ah! lo sé, lo siento... cuando hubiera visto el primer soldado extranjero franquear la frontera, un instinto poderoso, irresistible, hubiera gritado en mi interior y me hubiera lanzado entre los adversarios de mi partido, a los que hubiera pedido un sitio para defender con ellos el suelo sagrado.

Al hablar así, sin rudeza, pero con una profunda convicción, toda su alma ardiente vibrando en las notas graves de su voz, había transfigurado al oficial. Por un momento olvidó el deseado nombre y a la misma Claudia. Se hubiera dicho que el soplo heroico de los días del 92 acababa de pasar una vez más por el rostro joven y varonil de este coronel de veinticuatro años.

La señorita de Chanteraine se conmovió ante aquella sinceridad.

-Creo, señor -confesó ella,- que su corazón ha sido digno de mejor causa. Sin embargo...

Pero en ese momento se vio algo tan extraordinario, que hasta las paredes de Chanteraine parecieron retroceder de sorpresa y de terror...

El viejo Quintín, que se había introducido, no se sabe cómo, en la sala de los retratos y cuya presencia era muy familiar a todos los habitantes del castillo, para que nadie lo notara o por lo menos se sorprendiera, el fiel Quintín acababa de cortar la palabra a la señorita Carlota de Chanteraine.

-No hay nada más fácil -declaró,- que asegurarse de la identidad de Gerardo de Chanteraine

- ¡Oh! habla, habla, Quintín -suplicó Claudia sin querer.

-Durante el tiempo que el señor Marqués y la señora Marquesa estuvieron en Chanteraine -continuó el anciano,- el niño, que empezaba a caminar, se dio un golpe que asustó a todos... Una copa de cristal que

el pobrecito había tomado de la mesa, sin que la nodriza lo notara, se rompió en el choque y lo hirió...

-...En la mano y en la frente -agregó el señor Fridolin.

-Es verdad, no he olvidado ese detalle -confirmó pensativa la señorita Carlota.- El niño perdió mucha sangre antes que le cosieran las heridas. El médico que curó a Gerardo, declaró que las cicatrices de esas cortaduras no se borrarían nunca.

-Recuerdo -dijo el señor de Plouvarais.

-Yo también recuerdo -dijo su hermana.

-Yo no me acuerdo -murmuró Pedro, con una especie de fastidio, pues aquel debate le era muy penoso.- Pero tengo una marca bastante profunda en la mano, y que recuerdo habérmela visto siempre...

Pero, mientras el coronel Fargeot hablaba, Quintín se le había acercado.

De pronto con una familiaridad afectuosa de viejo servidor puso su mano sobre la frente del joven y separó la masa ondeada de sus cabellos negros. Entonces apareció en la sien izquierda, completamente blanca sobre la tostada piel, una pequeña cicatriz redonda.

- ¡Vean ustedes! -gritó.

Y tomando la mano de Pedro, el viejo la besó.

-Es un día muy feliz para mí, señor Duque -dijo.

-Abrázame entonces, sobrino mío -dijo la señorita Carlota, pasando sin transición visible de la duda al entusiasmo.- No esperaba, seguramente, descubrir a un sobrino en las filas de ese señor Bonaparte... pero de veras que es muy agradable volver a ver a un Chanteraine.

La súbdita fiel del Rey y el soldado del Primer Cónsul se abrazaron cordialmente. Hubo un momento de efusión y alegría locas.

Después, mientras el joven Duque buscaba la mirada de Claudia, no atreviéndose a decir lo que sentía su corazón, el caballero de Plouvarais señaló las cortinas bajas por las que filtraba la luz del día.

- ¡El día! -dijo.

- ¡La aurora! -gritó Pedro,- la espléndida aurora dorada de uno de los días más felices de mi vida.

Miró de nuevo a Claudia, cuyos ojos se habían iluminado, como el cielo, de claridades ardientes y dulces. Después, con un movimiento espontáneo, separó las cortinas, abrió la ventana y las persianas. Y, bruscamente, sobre los objetos del pasado, los dorados atenuados, las telas desteñidas, irradiaron a los rayos del sol naciente.

Entonces le pareció a Claudia que de una extremidad a otra del salón, el retrato del viejo Duque sonreía al de la joven Marquesa.

EPILOGO

El Primer Cónsul escuchó sin dar señales de impaciencia el largo relato que le hizo el coronel Fargeot y aun se interesó mucho en las múltiples peripecias de tan rara aventura.

Y además, no le desagradaba, dado el secreto deseo de atraer poco a poco a él a los representantes de las familias antiguas, saber que uno de sus más abnegados oficiales era el único heredero del sugerente nombre de Chanteraine...

El coronel Pedro-Gerardo-Miguel de Chanteraine obtuvo sin ninguna dificultad que se estableciera su identidad. Así, pudo tomar posesión del nombre de sus antepasados, esperando que el Imperio le devolvería su título, y del castillo de Chanteraine que fue generosamente comprado a los aldeanos del dominio, gracias al tesoro del abuelo.

Poco tiempo después, para colmo de la alegría de la señorita Carlota que adoraba a su sobrino y que creía sinceramente haber sido la primera en adivinar un Chanteraine donde los otros no veían sino un Fargeot cualquiera, los novios se unieron en matrimonio en la capilla del castillo. Todos los habitantes de Mons-en-Bray asistieron a las bodas, y en medio de una gran fiesta magníficos presentes fueron distribuidos, en testimonio de agradecimiento a los humildes y fieles amigos que habían esperado sin desfallecimiento la salvación y la vuelta de los castellanos.

En cuanto a la tía Manon, tuvo la dicha antes de morir de conocer a la mujer encantadora y adorada de su gran Pedro y la inenarrable felicidad de abrazar a un delicioso Pedrito que se parecía tanto al niño de otros tiempos, y que, a pesar de ser el hijo del general Duque de Chanteraine, no sabía sino decir, con voz cariñosa, estas dos palabras, escapadas del pasado: “Tía Manon”.

Y, por muchos años, todos los viajeros que tenían ocasión de detenerse en la posada de Andrettes pudieron oír de boca del locuaz po-

sadero, la historia maravillosa de aquel coronel Pedro Fargeot, que por gran casualidad se encontró que era un Duque de Chanteraine.

FIN